
3 1761 08820249 4





CUENTOS NUEVOS

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón*. *Milord.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas*. Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje.—La carta verde. La doncella práctica*. (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania —El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3.50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres.* (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París*. (Segunda edición) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo*. (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cavia. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios*. (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres*.—(Apuntes de mi tiempo), 3 Pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas*. (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas*. (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3.50 provincias.

XV.—*Poesías festivas*.—*Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas* (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3.50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo*. (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3.50 provincias.

XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIX —*Cosas de Francia*. (El modernismo en Francia.—París íntimo.—París por dentro. (Prólogo de Antonio Cortón). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XX.—*Teatro* (primera serie). — *Alta chulería* (Comedia inédita en dos actos en prosa).—*No la hagas y no la temas* (Proverbio en dos actos en prosa).—*¡Duerme!* (Monólogo en verso).—3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXI.—*Escenas y tipos de Madrid* (Crónicas.—Tercera serie, con un prólogo de Angel María Castell). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXII.—*Españoles y franceses*. (Semblanzas. — Tercera serie, con un prólogo de Manuel Bueno). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXIII.—*Cuentos nuevos*. (Serie A.)—*Cosas raras*. (Crónicas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

Imprenta y Encuadernación de José Rueda.—Huertas, 58.

OBRAS COMPLETAS

DE

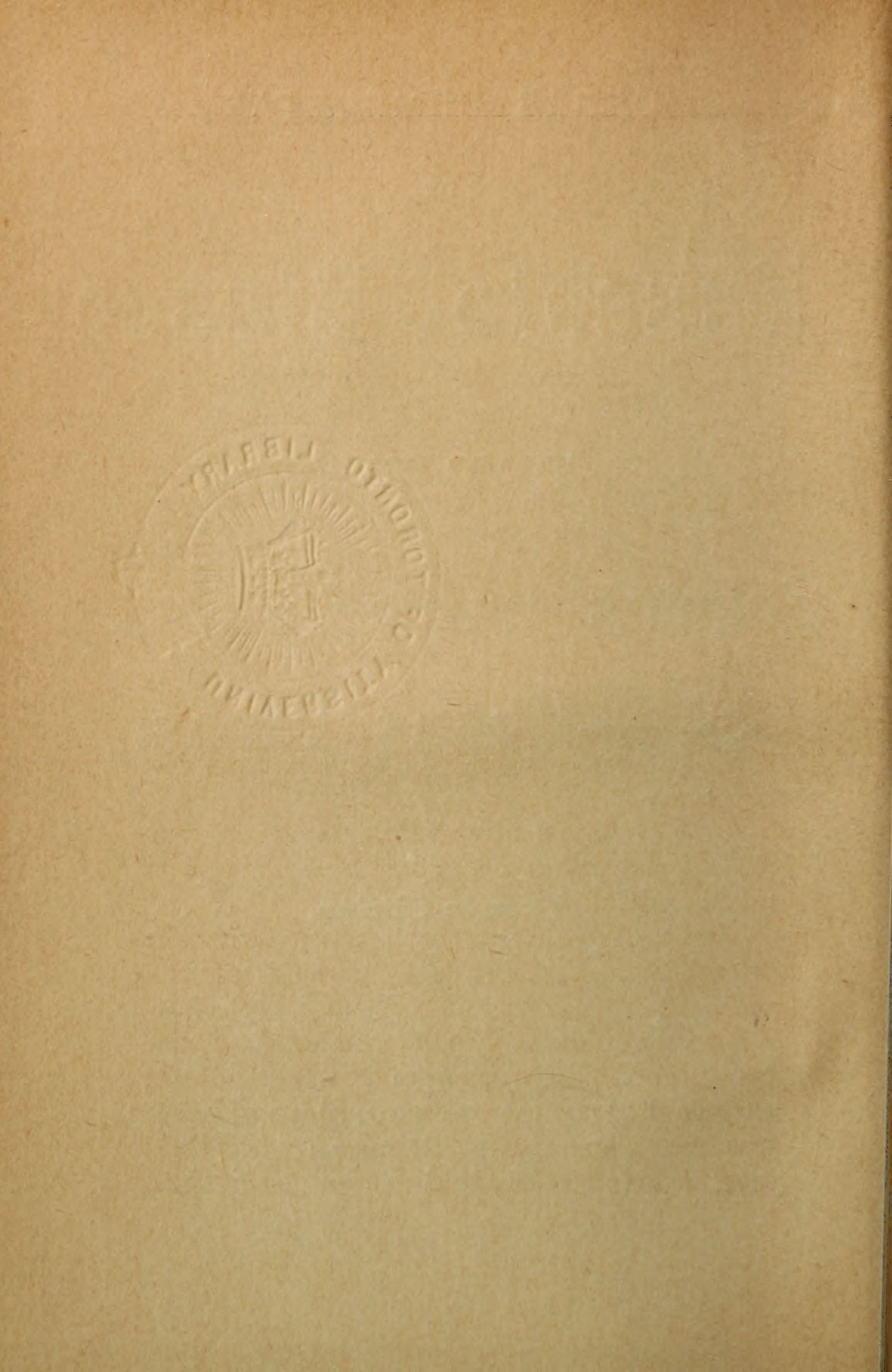
Eusebio Blasco

TOMO XXIII

Cuentos nuevos.
Cosas raras.

Segunda edición.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.
1906



La corona de siemprevivas.

I

ANDA, hijita, una mala noche pronto se pasa; son las ocho dadas, tienes todavía para cinco ó seis horas de trabajo... ¿Qué se ha de hacer? ¡Paciencia! Pasado mañana descansarás...

Así le decía la madre, tutora, secretaria, criada, compañera, el todo ó la *toda* de Lucía, á la misma Lucía.

Y esto sucedía en un cuarto cuarto de la calle de San Juan, el día 31 de Octubre del año pasado.

Lucía era obrera, y se llamaba artista. Artistas y obreros, todos somos unos. A los unos nos explota el que compra nuestros cuadros, nuestros libros, nuestras partituras, nuestras estátuas. A los otros les explota el que les da tanto

por semana, por día ó por hora, y se hace rico con el trabajo manual de los demás. ¡Socialista! — me dirán — ¿Y por qué no? Los que me explotaron tendrán la culpa...

Pues Lucía, trabajaba para una casa de vividores de los muertos. Llamo yo así á los que venden cosas de cementerio. Dichosos los pobres que (como los ricos ni más ni menos), no saben ni ven lo que les pasa después de muertos, y van á la fosa común, y *aquí paz* y *después gloria.* Los ricos, los de la clase media, los *acomodados*, los que vivieron *con cierto decoro,* como suele decirse, tienen que obligar, cuando se mueren, á sus parientes, á que les lleven al Camposanto en unos coches muy aparatosos, y les metan en unas cajas de zinc muy caras, y les regalen coronas y ramos de flores... ¡Dichosos, mil veces dichosos los que mueren en el mar, á bordo de un buque del Marqués de Comillas ó de otro armador cualquiera! ¡Una bala á los pies, y al agua! ¿Qué más da? ¿Acaso queda aquí nada? ¿De qué sirven esos obsequios al cuerpo *podrido?* ¿No vuelve el *alma* al seno de *Aquel* que gobierna los mundos, las religiones y las voluntades? Pero todos nos empeñamos, por amor al cuerpo muerto y *porque la gente lo vea al pasar*, en colmar de vanidades al cadáver, y dar dinero á los responsistas, y gastar el oro y el moro en cotillones fúnebres... ¡Qué tontería! «La música, páguela quien la oyere», le dijo Don Francisco de

Quevedo, moribundo, al que le consultaba sobre cómo había de hacérsele el entierro.

¡En fin, todo es comercio! Y hay mucha gente menuda que vive de fabricar y confeccionar quisicosas para que los vivos crean dar gusto á los que murieron, y dárselo á sí mismos.

Lucía era de esa gente menuda. Trabajaba desde los quince años para una casa que vende coronas mortuorias.

Lucía era huérfana, peor que huérfana, como hubiera dicho tal vez el poeta aquél de marras.

No sabía quienes eran sus padres. La había recogido una buena mujer, una tal Isidora, ésta que ahora la estaba animando á trabajar toda la noche. El amo de la casa que vende glorias póstumas momentáneas, es decir, coronas de siemprevivas con dedicatorias melodramáticas...

Y á propósito: ¿han reparado ustedes en lo sentimental de estos coronamientos de los muertos? Se lee en todas las cintas: *¡A mi adorada esposa,* y el viudo se casa á los dos años! *¡A nuestro querido padre,* y al mes el niño mayor sale de noche á ver á la novia, el menor va á La Peña y las hijas suspiran cuando oyen que hay un estreno en Lara! *¡Al gran fulano, gloria de las letras!* y la corona se hace por suscripción entre los que le despellejaron vivo.

II

Pues Isidora decía:

—Ten paciencia, hija, trabaja y pasado mañana descansaremos: no hay más que cumplir con la obligación. La orden primera fué hacer una corona en la que dijera: *¡A la mártir!* Después vino un recado para que la corona no fuese de violetas, sino de siemprevivas, con esta inscripción: *¡A un angel!* Ahora vienen á decir que sea de siemprevivas más grandes y con esta otra dedicatoria: *¡A ella!* ¿Qué quieres? Los parroquianos son así, caprichosos, y como lo pagan... ¡y ya te lo he dicho mil veces, el que paga, cree que es el rey del mundo!

—Y los pobres, pagamos por todos — decía Lucigüela.

—Eso si es verdad. Mira lo que te pasa á tí; ni sabes de quién eres hija, ni tienes más fe de bautismo que aquel papelito que dejó tu madre en el torno... «esta niña es hija de Teresa López». ¡Echate á buscar á Teresa López en España! ¿Tú, qué tienes de ella? Una fotografía y la declaración del nombre de tu madre... y se acabó. ¡Bastante has hecho con eso! Y gracias á mí que... ¿Eh? ¡Eres sin duda hija de alguno de esos chulos de mala vida que engañan á una infeliz hija del pueblo! ¡O quién sabe si de alguna persona bien acomodada que engañó á alguna po-

bre! En fin, cuando yo, viuda y sola en el mundo, te recogí...

En este momento llamaron á la puerta.

Y eran las doce de la noche.

Las dos mujeres se miraron con expresión de miedo. ¡A las doce! Jamás habían llamado en aquel cuarto cuarto á tal hora...

—¿Quién es?—preguntó la vieja.

—¡Abra usted!

—¿Pero quién es?

—Un caballero.

—¿Quién viene á esta casa á estas horas?

El que venía comprendió sin duda, que tenían miedo de él, y deslizó una tarjeta por debajo de la puerta.

Lucía la cogió, y leyó:

«El embajador de Toscana.»

—¡El embajador de Toscana! — exclamaron las dos mujeres á la vez.

Y el que quería entrar, gritó:

—Yo soy la persona que ha encargado ayer la corona mortuoria que necesito *para mañana temprano* y en el almacén me han dicho que no puede estar hecha, y es preciso que esté hecha á cualquier precio.

Isidora abrió.

III

Entró un señor mayor, hablando con ese acento napolitano, veneciano, milanés, que debe tener todo italiano que se respete, y tomando el modesto cuarto como país conquistado.

¡Ni siquiera se quitó el sombrero! ¿Para qué? ¿Para saludar á dos cursis, trabajadoras á tanto por día?

Y entró gruñendo, y reclamando, y dando voces. ¡Quería llevarse su corona, porque había de colocarla él mismo en la tumba!, y no admitía retraso; ¡era preciso que se la dieran en seguida!

Isidora le ofreció una silla.

—Si tanto empeño tiene usted—le dijo—espere una hora...

¡Una hora!

Una hora todo un diplomático, en una casa como aquella... Demasiado había hecho con venir, y subir cuatro pisos, y *degradarse* (así dijo), hasta tener que ocuparse él mismo de su encargo... Acabe usted como quiera, niña—le dijo á Lucía—ponga usted entre las siemprevivas unas flores... no sé como se llaman... en mi país las llaman...

Y comenzó á recorrer el cuarto, que estaba lleno de flores *contrahechas* (como dicen en Andalucía), de todos géneros y colores, para elegir las que él creía que debía haber por allí... y de

pronto se detuvo ante una fotografía que Lucía tenía puesta en un marco y colocada sobre su mesita de noche, debajo de un Cristo y junto á un rosario.

—¡Quién es esta mujer!—gritó.

—Mi madre—respondió Lucía.

—¡¡Teresa!!

Y allí hubo la escena que no necesito describir.

*
* *

¡Sí, era él, el padre! Ya sé que el lector lo ha adivinado hace rato.

Era él, el mismo que veintidós años antes fué agregado á la legación de su país en Madrid, y en Madrid tuvo los más íntimos y violentos amores que tienen los altos con los bajos... Después... se fué á Tánger, de Tánger le enviaron á Bolivia, de Bolivia á San Petersburgo, de San Petersbugo á Berlín, de Berlín á Lisboa, de Lisboa á Madrid; toda una carrera, y veintidós años de viajes y olvidos.

Y ahora al volver á Madrid, se había acordado de *aquella* que le escribió mil cartas, á las que no contestó nunca, porque esas *calaveradas de la juventud* no deben tener consecuencias en la vida de un hombre... *serio.*

Y averiguando supo cuándo murió y dónde la enterraron, y vió una tumba sola, muy sola, en la que no había más que unas flores, recuerdo

de alguien cuyo nombre no podía saber el diplomático... ¡Pues ya lo sabía! La casualidad, el destino, la fatalidad, Dios, le ponían enfrente de su hija...

¡Oh, qué feliz fué Lucía al saber que era hija de tal padre!

¡Y él qué dichoso de saber que aquella honrada criatura era hija suya!

Dos horas duraron las explicaciones, los recuerdos, las lágrimas... El embajador lloró...

¡También los embajadores lloran algunas veces!

Y por último, al oir á Lucía que no quería ya separarse de él, y que bendecía á Dios por haberle encontrado, el representante de Toscana, le hizo el siguiente discurso, razonado y hábil como era de esperar de un hombre que había puesto de acuerdo al Padre Santo con los chilenos.

IV

—¿Qué más quisiera yo, hija mía, que llevarte conmigo, tenerte siempre á mi lado, besarte y abrazarte á todas las horas del dia?... ¡Pero no puede ser! Estoy casado, tengo cuatro hijos, mi mujer y mis hijos ignoran tu existencia; no puedo, no puedo imponerte, llevarte allí, á mi casa, exponerme á que mi mujer, *que es tan buena*, quiera separarse de mí y dar un escándalo. Mi posición oficial me obliga á guardar muchas

consideraciones al mundo. Mañana salgo para Holanda (y por eso tenía tanta prisa de ver esta corona acabada y colocada por mí mismo) y desde allí te escribiré con frecuencia, y tú á mí. Ya te diré á quién has de poner el sobre, porque nuestra correspondencia *debe ser un secreto*; y de hoy en adelante no tengas cuidado, hija mía, por tu porvenir; por de pronto aquí tienes (y sacó del bolsillo una cartera), tres mil pesetas para que te instales y te vistas mejor. Todos los meses recibirás trescientas pesetas. Me escribirás mucho, ¿verdad? Cuento con tus cartas y quiero saber todo lo que te pase... Y adiós, que son las dos de la madrugada y he de recoger á mis hijas, que están en la *soirée* del ministro de Estado. ¡Adiós, amor mío; adiós, adiós! Ya sabrás de mí...

Y se fué.

V

Lucía se dejó besar y abrazar; pero ni abrazó ni besó. Tenía apretados entre las manos los tres billetes, estrujándolos con fuerza: su mirada se dirigía al techo; una mirada fija, inmóvil, como las de los locos ó de los extasiados...

Isidora había bajado á alumbrar al papá.

Cuando volvió á subir, encontró á su hija adoptiva de pie, siempre en la misma actitud, con la corona de siemprevivas á los pies, los billetes hechos un trapo á fuerza de apretarlos

convulsivamente, los ojos desmesuradamente abiertos.

—Lucía, hija mía, ¿qué haces así, de pie y en contemplación? ¡Lucía! ¿Oyes? ¿Qué tienes? ¡Lucía! ¡¡Lucía!!

La muchacha abrió aún más los ojos, mucho más; parecían saltárseles de las órbitas... Lanzó un gran ¡ay! como si le hubieran dado una puñalada, cayó hacía atrás, dió con la cabeza en el suelo y se quedó rígida, siempre mirando *arriba*...

—¡¡¡Lucía!!! ¡Socorro! ¡¡Hija mía!! ¡¡Virgen Santísima!!...

Lucía se había ido con su madre. Lucía estaba muerta.

La corona sirvió para ella.



LA ABSOLUCIÓN

Y corrían los vasos, y corrían de mano en mano, y sonaban los corchos del Champagne saltando hasta el techo, y al són de las guitarras se oía cantar á la flamenca, fatigada ya de bailar encima de la mesa:

No me llores, no me llores,
que llorando me pareces
la Vírgen de los Dolores...

Y entre los olés y los cantos y el humo del cigarro y la gritería infernal de una juerga desenfrenada, la Trini le decía al marqués:

—Lo que es yo, moriré como los perros, ¿sabes tú?, porque yo ya no macuerdo de cuando fí á misa la úrtima ves, y yo no sé porqué me vienes ahora con cosas de esas...

Porque el marqués, que hacía versos, y era

2

diputado y jaleaba gitanas en el veraneo, le había dicho entre una copa y un beso:

—Oyes, Trini, me ha dicho el vaquero del cortijo que te querías meter á monja...

Y era verdad.

La Trini estaba harta de guitarras y panderetas y de alegrías y de cañas.

¡Pobre mujer! Tenía quince años cuando se le murió su madre, una buena madre de familia, á quien le cantaron las gitanas en el entierro aquello de

Se murió la mare mía:
¡Cuándo encontraré otra mare
como la que yo tenía!

Y desde aquel momento, la Trini, que no se llamaba entonces así, sino Catalina Navajas, se echo á la mala vida por necesidad, por aquello de que hay que vivir, porque como dicen en Granada, *señorico, la jambre es mala...*

Y me la llevaron de ceca en meca, y de aquí para allí y pasó de las manos de un procurador cordobés libidinoso á los brazos de un gobernador que predicaba moral de día y se divertía de noche, cuando dormían los valisoletanos. Y de Valladolid pasó á Madrid con el *Patitas*, torero de invierno, y de Madrid se fué á París con el agregado de una embajada, y asombró y estuvo á la moda, con sus ojos grandes, su pelo negro

y sus lunares y sus pies invisibles, y su voz encantadora, cuando cantaba:

> Como los pájaros viejos
> que buscan dónde sacar,
> me sacaste tú del nido
> á la primera vollaá...

Y cantó y bailó, y tuvo faldas de raso y enaguas de encaje, y diamantes como avellanas, y con todo y con eso se escapó un día y se volvió á Sevilla. ¿Porqué?

Ahí está el hito. La Trini era patriota; la Trini era honrada sin saberlo; la Trini pensaba en su primer novio. ¿Adónde habría ido á parar su primer novio?

¡Quién puede saberlo! Era un estudiantón, grandón, chanflón, bonachón, que la quería á su modo, como se quiere en los pueblos, con toda el alma y sin malicia; con miradas y suspiros y versos muy malos y paseos por las calles y conversación detrás de la reja en que se repite cien veces aquello de — ¡Dime que me quieres! — ¿Pues no lo sabe?

—¡Pues dímelo más!—¡Pues más que á mi vida!

La muerte de mamá concluyó con todo. Vino la desesperada, la venta de los primores de la juventud, la vida airada, el lujo y la melancolía, que no se declara... Pero á Sevilla volvió, porque á lo menos allí respiraría el aroma del aza-

har, pasaría el puente de Triana, vería de lejos á los que la conocieron doncellita y casera...

No podía por menos, sin embargo, de ser la *cantaora* que venía con una banda de flamencos y de mujerzuelas á divertir al señor marqués, cuando éste pasaba por la ciudad para trabajar á sus electores. Una noche en vela, cante hondo, Champagne y Manzanilla á discreción, y ¡Viva la Trini!

—¿Con que te quieres meter monja?

—Si me quieren.

—No me lo harás creer.

—Pruebe usté á pegarme una recomendación y verasté.

El marqués se reía como un tonto oyendo estas razones. Sus amigos estaban ya borrachos perdidos. Y allí, todos juntos, el magnate, con su cruz de Santiago, las chicas con sus pañolones de Manila y sus claveles en la cabeza, agostados por el humo y *la caló*, se echaron por las calles gritando y cantando y despertando á los pacíficos vecinos. La Trini había bebido más de lo regular. La llevaba cogida del brazo un periodista de la localidad, que se divertía en hacerle preguntas políticas. La cantaora, en los vapores del vino se vió más apretada de lo que á ella le gustaba por el cronista de los incendios y de los fetos, y le dió una bofetada de ida y vuelta que le puso un ojo como un higo chumbo. Y el hombre, que no sabía lo que se hacía,

la arrojó lejos de sí dándola un empujón, tan violento, que la flamenca cayó al suelo, y no se mató porque hay una Providencia para los borrachos.

Después... se quedó allí sola en medio de una calleja... Alboreaba y tocaba á misa cerca de ella... Las casas pasaban por delante de sus ojos dando tumbos y produciéndole el vértigo más insoportable que había sentido en su vida. Quiso levantarse, cayó; volvió á hacer un esfuerzo, se puso de nuevo en pie, dió algunos pasos hacia adelante y hacia atrás, buscó, abriendo desmesuradamente los ojos, un agujero cualquiera para meterse, y vió que la mampara de una puerta grande se abría dando paso á una vieja. Con un esfuerzo desesperado la Trini alargó el brazo, cogió la puerta con la ansiedad con que un náufrago coge una cuerda, y se arrojó dentro sin saber qué era aquello, ni tener conciencia de dónde estaba. Una vez en el interior, tambaleó durante un minuto, vió columnas y arcos y luces que daban vueltas en rededor suyo, y vino á caer junto á una cosa que á ella, en sus trastornos cerebrales le pareció un armario ropero. Allí se quedó como amodorrada, durmiendo la mona.

Estaba en la iglesia y no lo sabía. Había venido á caer junto al confesionario. Pasaban á su lado las devotas viejas que van á la misa primera y la oian roncar ó rumiar, ó hacer un ruido

especial, que las matinales creyentes no podían figurarse que era la digestión trabajosa de la cena y del vino. La Trini toda soporada y embrutecida, oía de vez en cuando, creyendo soñar, al sacristán que ayudaba la misa del alba, responder al cura en el mismo tono bajo. Se le multiplicaban en el oído las frases latinas, como se le habían multiplicado antes los cuatro cirios del altar. Y á la par que oía *Dominus vobiscum—Et cum espiritu tuo.—Deo gratia...* ella repetía, sin hablar, cantando por dentro:

> La otra noche en Sevilla
> lo que ha pasao...

Y á poco más lo canta alto, y escandaliza á la media docena de personas tranquilas que se habían levantado con sol para venir á oir la misa. Pero en aquel momento oyó ruido junto á ella, en el armario aquel, en el confesionario donde había venido á parar; oyó una tos, y el ruido del trompetazo de las narices en un pañuelo, y los nudillos del confesor que sonaron en la rejilla. Y entonces, como si la hubieran hecho aspirar amoniaco, ó la hubiesen tocado con un hierro candente, abrió los ojos: se vió en la iglesia, se despertó su alma después de diez años de vida aventurera, acabóse la embriaguez, y se irguió el gallardo cuerpo, sin olvidar de cubrirse la cabeza con un pañuelo; y comenzó á recitar el *Yo pecador* con todo el fervor de los prime-

ros años de su vida. Ya no era la Trini, sino la Catalina de antaño. Y el confesor comenzó á hacerle sus preguntas.

Pero á medida que se las hacía, ella parecía caer en el ensimismamiento de antes, y el sacerdote, como si lo adivinara, le preguntaba tembloroso y sin tino. Y ella se decía que quién era aquel hombre, y el confesor, del otro lado de la reja, se preguntaba quién era aquella mujer, y hubo un momento en que la pecadora se olvidó de todo, y dijo:

—¡Manuel!

Y el confesor respondió casi balbuceando.

—¡Catalina!

Después... después hubo cinco minutos de silencio mortal; cinco minutos, durante los cuales él pasó revista á sus años de estudiante, á sus coloquios de la otra reja, á sus desesperaciones cuando la perdió de vista y cuando supo la vida que llevaba, á sus dudas entre ir á buscarla ó tomar las órdenes...

Y ella le veía tan sencillote y bueno, cuando la enamoraba y recordaba las cartas, y las coplas que le escribía y los consejos de la madre, de quererle mucho, y su triste orfandad y sus primeros años de vida licenciosa...

Y en aquellos cinco minutos, el confesor oía los sollozos entrecortados de la pecadora, y la pecadora oía con cierto placer femenino que el confesor lloraba.., ¡Vaya si lloraba! ¿Pero qué

iba á resolver en tal ocasión y en momento tan grave? Se repuso y la ordenó que comenzase de nuevo el *Yo pecador*, y la confesó durante una hora. ¡Qué hora aquella! Ni la Trini le ocultó nada, ni él le perdonó un solo detalle de su vida. Y lo oía todo con avidez, y á cada nueva confesión hubiera querido morirse; lo mismo que ella hubiera preferido ser quemada viva á tener que contarlo todo... absolutamente todo.

¿La absolución? ¡Oh, sí! La dió la absolución y no le echó penitencia ninguna. La dejó levantarse, le tendió la mano, que ella besó con ansia. Salió el *Pater* de su confesionario al mismo tiempo que ella tomaba la dirección de la puerta. Se encontraron al pasar ambos por delante del altar mayor, y á un mismo tiempo se arrodillaron para persignarse. Y sin poderlo remediar, y en voz muy baja, dijo la cantadora:

—¡Adiós, Manuel!...

Y respondió él en voz aún más baja y más temblona:

—¡Adiós, Catalina!

Y échese usted á buscar á la Trini por Sevilla después... No hubo manera de dar con ella. A la *juerga* siguiente, cuando el Marqués para terminar su viaje electoral, reunió á los amigos para darles Manzanilla, cante y promesas de reformas políticas, una gitana fué y le dijo:

—Pues el señó marqués estaba en la fija.

—¿Por qué?

—Porque la Trini se ha metío monja.

Y las cantaoras que oían la noticia por la primera vez, alzaron las cañas y gritaron á coro:

—¡Olé por la Trini!



COLORIN COLORADO

Llegó una señora al despacho del Continental-Exprés de la Carrera de San Jerónimo, una señora joven, muy guapa, muy elegante.

Cogió la pluma y comenzó á escribir con prisa, y al parecer con rabia, recordando aquello de

> que dónde pone la pluma,
> el delgado papel rasga.

Y así que puso el sobre, fué á la taquilla y dijo:

— Esta carta es muy urgente. Y que pidan el sobre.

— Es la costumbre — observó el empleado, y en seguida gritó:

—¡Uno!

Acudió corriendo uno de los chiquillos, un *coloradito*, cogió la carta y salió muy deprisa á la calle.

En el sobre de la carta decía:

Sr. D. Román Ramil, Corredera Baja, 30. Urgente.

El coloradito era un niño que apenas tenía doce años, rubio como unas candelas, más vivo que el *Tío vivo*, que es el tío más vivo de España.

Al llegar á la calle de Peligros, y en la esquina de la del Clavel, vió á dos chicos que estaban dándose de moquetes.

Se interesó por el más débil.

—¿Por qué le pegas? ¿No ves que es más pequeño que tú?

—¿Y á tí que te importa?

—Pues sí que me importa, que eso es una cobardía; cobarde, más que cobarde.

—¡A ver si llevas tú palos también!

—¿A mí tú?

—¡A tí yo!

—¡Pegaban!

El grandullón le cogió por el cuello, el coloradito quiso defenderse, el otro le arrojó por tierra, se formó un gran corro de gente y un caballero los separó.

Y entonces el grandullón dijo:

—Bueno, no te metas más conmigo. ¿Querrás jugar á pares ó nones?

Las dos víctimas del matón de quince años se reconciliaron con él, y el grandullón sacó una perra grande y dijo:

—¡Pedir!

En aquel momento, el coloradito gritó:

—¡La carta! ¡Ay Dios mío... la carta!

—¿Qué carta?

—¡La que traía en la mano!

La carta se había perdido en la refriega.

Comenzaron á buscarla por el suelo. ¡Que si quieres! ¡Perdida, lo que se llama perdida!

Lloraba á surco tendido el pobre muchacho, y pensaba en lo que diría cuando le pidieran el sobre...

¡Qué disgusto! Lo echarían, le castigarían, su madre le daría una paliza...

Entretanto que esto pasaba, una señora muy joven, muy guapa, muy elegante, estaba leyendo la carta que se había encontrado en el suelo.

Toda mujer es curiosa, y ésta era curiosísima, y al ver una carta cerrada la abrió.

Para leerla se metió en un portal de la calle del Clavel. La carta decía:

«Si no me contestas, si me abandonas, soy »capaz de matarme, sí, sí, me mato; sabrás de »mí por los periódicos; ¡eres un mónstruo, eres »cruel, eres malo! Una palabra para calmar á »tu desgraciada

Angustias.»

¡Pero esta carta es de Angustias Malón! Luego es Angustias Malón la mujer por quien me ha abandonado este bribón de Román Ramil? ¡Oh, Providencia, qué sabia eres! ¡Oh, si yo pudiera vengarme... vengarme... ¡Qué haría yo, Dios mío!

Y fué á cruzar la calle de Peligros, cuando oyó á los tres chicuelos hablar de la carta perdida.

Lo que tienes que hacer es ir á la Corredera Baja, número 30, y decir lo que te pasa. Puede ser que allí te lo arreglen...

El coloradito lloraba sentado en la acera.

La señora joven y guapa adivinó lo que pasaba. ¡No es difícil!

—¿Qué te sucede, hijo mío?—preguntó con el acento más tierno posible.

Los inocentes niños le contaron el caso.

—¡Pues tiene razón éste!—dijo la señora.

Ven, hijo mío, ven, yo conozco á D. Ramón Ramil; vamos á verle, no tengas cuidado.

Tomó un coche, metió en él al coloradillo, y en diez minutos estaban en el portal de la calle del destinatario.

—Espérate aquí, — dijo la señora.

Y subió hasta el primer piso. Y ya en el relleno se detuvo, miró hacia arriba y hacia abajo, y convencida de que estaba sola, sacó de su bolsillo otra carta que decía:

«Amor mío, con todo el pesar del que deja lo

»que más quiere en este mundo, tengo que de-
»jarte á tí. Salgo mañana para Buenos Aires.
»Tu desconsolado

Román.»

—¡Ahora verás... ahora verás, enemiga!—exclamó la señora joven y guapa. Y llamando á la puerta del principal derecha, le dijo á un criado que salió á abrir y que ya la conocía y la reconoció:

—¡Chist! D. Román no está, ¿verdad?

—Está durmiendo.

—Deme usted un sobre. Le trajo el sobre el criado, y con el lápiz de oro que llevaba en el bolsillo escribió:

«Para doña Angustias Malón. Muy urgente. Pez, 5.»

—Con mi carta pago—exclamó la guapísima bajando la escalera,—y le dijo al chico:

—Toma, hijo mío, estás salvado; ahí tienes un duro y lleva esta carta, que es la contestación á la que has perdido.

No se metió el muchacho en pedir explicaciones, y echó á correr al Continental-Exprés con la carta y su duro.

Al día siguiente...

No, no creas, ¡oh lector previsor!, que se publicó la noticia de ningún suicidio.

Lo que sí puedo asegurarte, es que dos mujeres lloraban y un hombre se reía.

Porque los hombres... somos muy malos.

Y colorín... colorado... bastante hemos hablado.



LAS RUEDAS ORGÁNICAS

Las ruedas administrativas.

Gran cosa. Para cada asunto, un negociado, una sección, una falsificación, una intervención, una remisión ó una comisión, una resolución, una confirmación, una revisión... Nuestra Administración es asombrosa como cadena de dificultades.

Así fué, que el pobre D. Antero, hombre esclavo de su deber reglamentario como pocos, se veía muy apurado para saber si necesitaba ó no permiso de la autoridad para dar un baile en la calle el día del santo de su señora.

Esto sucedía cuando estábamos todos colgando; quiero decir, cuando estaban suspendidas las garantías y declarado el estado de guerra, y D. Antero había convidado á veinte ó treinta familias para bailar en un entresuelo, y no sa-

bía si necesitaba ó no necesitaba un permiso en regla.

—Vete á ver al alcalde de barrio—le dijo su señora.

Allá fué el apurado marido. El alcalde de barrio le recibió después de dos días de buscarle por todos partes.

—¡Qué desea usted! ¿usted se ha figurado que yo tengo obligación de estar pegado á la silla á todas horas?

—No señor, no me figuro nada. Deseo dar un baile en mi casa y venía á pedirle á usted permiso.

—Diríjase usted al teniente alcalde.

D. Antero fué á la tenencia de alcaldía y estuvo tres horas sentado en la antesala.

Por fin apareció el concejal bastonudo con una cara terrible.

—¡Qué quiere usted!

—Pues señor, yo deseaba dar un baile en mi casa...

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? Vaya usted al Ayuntamiento á ver si eso es cosa del alcalde. ¡Qué cosas tienen ustedes!

D. Antero tomó un coche y se dirigió al Ayuntamiento.

—¿Adónde va usted?—le preguntó el portero.

—Arriba. ¿Usted sabe dónde está el negociado de bailes?

—Pregunte usted al portero mayor, arriba.

Mi D. Antero subió hasta el primer piso y se dirigió al portero mayor, preguntándole lo mismo.

—Al negociado de espectáculos.

D. Antero fué al Negociado de espectáculos, allí se le echaron á reir.

—¡Éste es un Negociado de espectáculos públicos! ¿Qué tenemos que ver nosotros con un baile privado? ¡Con haberse usted dirigido al delegado de su distrito bastaba!

Salió mi hombre aburrido, deshizo el camino, fué á la delegación.

—¿El señor delegado?

—¡Qué ocurre!

—No se incomode usted... pero deseo dar un baile en mi casa, y como están suspendidas las...

—¡Al gobernador civil! El señor gobernador decidirá. Ese no es cosa mía.

Tomó otro coche y fué al Gobierno civil. Hasta que pudo ver al gobernador echó dos días y parte de las noches.

Por fin tuvo la suerte de que le recibiese.

Señor gobernador, yo desearía... y él ¡repitió lo de siempre.

El gobernador, muy incomodado:

—¡Pero hombre, ustedes no leen ni periódicos, ni conocen las leyes, *ni nada!*

¿No sabe usted que estamos en estado de guerra?

—Sí señor, ya lo sé, y por eso venía á...

—Eso es cosa del capitán general. ¡A la capitanía general!

Y allá fué el bueno de D. Antero, que ya estaba pálido, ojeroso, desencajado, muerto. ¡Qué trabajo le costó ver al hombre de la guerra!

Después de mucho suplicar y de pasar por entre coroneles, generales, capitanes, ordenanzas, centinelas, le pusieron enfrente de la suprema autoridad.

—Mi general, yo venía á pedirle á usted permiso para dar un bailecito en mi casa, si en ello no hay inconveniente...

—¿Un baile?

—Sí señor.

—¿Un baile en la calle?

—No, señor, en mi casa. Barco, 3, entresuelo.

—¡Ah! ¿Un baile privado? Pues para eso no hace falta permiso, ni había para qué molestarme. Baile usted lo que quiera; ¡media vuelta á la derecha!



LA TORTILLA

El amigo Teodoro es muy rico, se gasta muy bien su dinero, y además es gastrónomo acreditado.

No hay más que preguntar por él en los *restaurants* más caros, y en ellos os dirán que no tienen parroquiano mejor.

Su mesa es famosa; suele dar de comer los sábados á una docena de amigos, y se complace en procurar todos los placeres que hacen felices á los verdaderos *gourmets*.

Y como le sobra tiempo para todo y no tiene más ocupación que cobrar sus rentas, se ha dedicado á la cocina. Se divierte y le distrae mucho hacer un plato delicado y darse tono, cuando convida á comer, diciendo que lo ha hecho él.

Sus cocineros, que le cuestan muy caros, le dejan entrar en la cocina y ponerse el mandil y el gorro blanco, y le enseñan á hacer el *aspie de*

foie gras ó el pavo con castañas. Y Teodoro es digno de aprecio, porque en vez de jugarse su dinero ó gastárselo en vicios peores, lo emplea en comer bien y dar de comer á los demás, y además es muy caritativo.

Su pasión es puramente culinaria, y en esto no hay daño para nadie más que para él, que de vez en cuando tiene una indigestión.

Pero una vez dado de alta, ya está otra vez imaginando *menús* y viendo cómo llegará á conseguir que el mejor plato de la mesa el sábado próximo sea obra suya.

Hay personas que tienen el talento de lo grande y carecen en absoluto del de lo chico. Tal hay capaz de escribir una tragedia é incapaz de escribir un acto para Eslava. Este concibe la edificación de una barriada y no sabe recomponer un paraguas.

A Teodoro le sucede algo de eso. ¿Quién podrá creer que habiendo hecho ya veinte ó treinta platos exquisitos, lleva más de un año sin conseguir sacar bien una tortilla de la sartén?

En qué consisten estas torpezas se ignora, y el mismo cocinero suyo no comprende cómo su amo, tan hábil para otras muchas cosas, resulta completamente inepto para eso.

Teodoro ha *comenzado* en la magnífica cocina tortillas de patatas, de jamón, de espárragos, de cebolla, de escabeche, de chorizo, de yerbas, de queso; nada ¡no salen! Se le deshacen casi

todas, se le queman, le obligan á abandonar el teatro de sus glorias desesperado.

Es cosa fatal y fuera de toda duda que en ese momento (de verdadera inspiración) en que hay que darle la vuelta á la masa de huevos que chillan en la sartén, lo hace mi pobre amigo tan sumamente mal, que no le resulta.

Y hablando de esto con su amigo el general Mortinz, que le quiere mucho y come en su casa todas las semanas formando parte del círculo íntimo de Teodoro, el general le explicó ayer el por qué de sus fracasos y la manera de hacer las tortillas bien. Y como esto puede interesar á mucha gente, lo transcribo tal como lo ví para que los aficionados lo aprendan y no lo olviden.

El general le dijo:

—Mi querido Teodoro; tú ya sabes que cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento. Cada plato exige su preparación, no se pueden comer ciertas carnes más que en épocas determinadas; las setas son peligrosas en otoño, las aves está prohibido cazarlas ó comerlas cuando están en toda la furia de sus amores... en una palabra, hay un momento preciso para la sazón de lo que al buen gastrónomo interesa ¿no es verdad?

—¡Exactísimo!

—Bueno; pues las tortillas no te saldrán bien si no las preparas en tiempo de situación reaccionaria.

—¡Hombre!

—Así como lo oyes; y esa dificultad que encuentras para darles una vuelta en el aire y que queden hechas y á punto, la tendrás todavía durante algún tiempo ¿Tú quieres la receta infalible?

—¡Sí, sí; ya lo creo!

—Pues óyela, ó mejor dicho escribe, que voy á dictártela:

Y Teodoro se sentó á la mesa, y el general fué diciendo:

Se cascan los huevos en tiempo de Cortes cerradas.

Se pone la sartén á la lumbre en el mismo momento en que se suspenden cuatro ó cinco periódicos; se echa el aceite el mismo día en que se inaugura un convento nuevo; se deja calentar el aceite, y mientras van entrando señoritas en los conventos y van sucediéndose ministros nuevos, el aceite va humeando, humeando...

Se echan los huevos precisamente cuando se oye que hay carreras por las calles; se les bate cuando ya calmada la agitación popular se oye hablar de muertos y heridos, se baten más y más, durante algunos meses, con gran paciencia y oyendo que hay gente encarcelada, leyes por el suelo, frailes á manadas, un gobierno compuesto de jesuítas y de oblates, y llega un momento en que desde la cocina se oye un gran ruído en la calle, himnos populares, vivas entusiastas, algo así como una gran respiración nacional... y entonces... *¡se vuelve la tortilla!*



LA RUBIA DE MARRAS

ESTE es mi testamento y última voluntad,» decía en el sobre del pliego, lo cual era albarda sobre albarda, porque la declaración de la última voluntad y el testamento, todo es uno; pero D. Mateo Loriga no aspiró nunca á ser académico, y al morir dejó su voluntad postrera en pliego cerrado que abrieron sus herederos únicos, quiero decir su hijo y su nuera, Camilo y María.

El testamento no era largo, porque todo él se reducía á un párrafo en el que dejaba toda su fortuna á María y Camilo, con gran desconsuelo de unos parientes lejanos, que aunque nada esperaban heredar, vinieron del pueblo al entierro y quisieron presenciar la apertura del testamento, porque entre amigos con verlo basta.

Se quedaron alpiste y se volvieron á su pue-

blo, y los dos herederos hubieran sido muy felices con el milloncejo que se les entró por las puertas, si en el párrafo único en que D. Mateo les hacía posesores de todos sus bienes no hubiera una frase que á María le quitó el sueño muchos días.

Y la frase era esta:

«Declaro heredero de todos mis bienes á mi hijo D. Camilo, recomendándole mucho que no vuelva á las andadas con la rubia de marras.»

Jamás hubo entre los dichosos cónyuges el menor motivo de disensión ni de disgusto; pero lo que no sucede en un año sucede en un rato, y aquella frasecilla levantó en el tranquilo hogar una nube de celos.

¿Quién era aquella rubia?

¿Por qué el padre, al morir, recomendaba al hijo que no volviese á verla?

Indudablemente porque temía, según su propia frase, *que volviese á las andadas*. ¡Qué más quiso saber María! Ya le importaba poco la herencia y cuanto le rodeaba, y comenzó á fastidiar á su marido con preguntas de mujer celosa, con espionajes ridículos; en una palabra, que la felicidad que debía haber en la casa con el dinero adquirido y llovido del cielo, se convirtió en guerra intestina.

Y había aquello de:

—¡Tú has tenido, *tienes*, una rubia que te distrae!

—¡Que no, mujer!

—Tu padre, que está en gloria, me lo ha revelado.

—Mi buen padre me daba un excelente consejo y nada más; pero yo te aseguro que á la rubia esa no la veré más.

—¿Luego la has querido mucho?

—¿Y qué importa? Lo que no fué en tu año, no fué en tu daño...

—¡No importa! Es indudable que hay en tí una tendencia á volver á quererla; un padre no se engaña nunca.

—¡Dale!

—¡Dime quién es!

—¡Ah! Eso no.

—¡Dios mío, Dios mío!

Y vuelta á mortificarle, y á marearle, y á no dejarle vivir, echándole constantemente una albarda que el hombre no quisiera llevar, pero su mujer se la echaba á diario.

Por fin un día, Camilo, que estaba de buen humor, viéndose de nuevo acosado por las preguntas de su mujer, celosa del pasado, le dijo:

—Pues... sí, lo confieso, por esa rubia he hecho locuras.

—¿De veras?

—Muchas. Con decirte que me ha costado más de treinta mil duros...

—¡Treinta mil duros! Razón tenía tu padre al temer que te gastaras con ella el dinero que nos

ha dejado. Y te lo gastarás, presiento que te lo gastarás.

—No hay cuidado.

—Dime de una vez quién es ella; ¿la conozco yo?

—Mucho.

—¿Es alguna amiga mía? De seguro que lo es, siempre son las amigas...

—No sé si lo es; pero que la ves con frecuencia, no lo dudes.

—¿Dónde? ¿En la calle? ¿En la vecindad? ¿En el teatro? ¿Viene aquí? ¡No faltaría más!

Camilo reía de muy buena gana.

—Oye, María: te juro que no he de verla más; pero á fuer de hombre honrado, debo declararte que he conservado su retrato...

—¡Oh, qué infamia!

—No, infamia no. En memoria de lo que aquella pícara me comió...

—¿Cómo se llama?

—Mi padre la llamaba la rubia, no tiene otro nombre.

—¡Dame ese retrato!

—¿Lo quieres?

—En seguida.

—Bueno, pues en el segundo cajón de mi escritorio hay un sobre, y en el sobre dice *Ella*.

—¡Ella! ¡Y has guardado su efigie todo el tiempo que llevamos de casados!

—Y lo guardaré siempre, y tú también.

—Dame las llaves.

—Tómalas.

Y María echó á correr, y Camilo la oyó abrir el cajón, y luego..., luego la vió venir entre avergonzada y risueña, con la carta en la mano...

Porque lo que ella creyó fotografía, no lo era.

Era una carta de la baraja, que le hizo comprender todo el alcance de la recomendación del testador...

La rubia era... ¡la sota de oros!

EL CENTINELA

Era soldado nuevo, de la quinta de aquel año. Un excelente chico, que al caer soldado había dejado en su pueblo una novia muy guapa, buena moza, rubia como las candelas, limpia como los chorros del oro.

Como primerizo, novato, *añojo* (así le llamaba el sargento), tenía muy buen cuidado en no faltar á ningún deber. Era muy pundonoroso; un castigo le hubiera parecido la deshonra más grande.

Su novia era hija de un maestro de obras, que no ganaba lo bastante en el pueblo. Y como la chica estaba enamorada perdida de mi buen Tomás, se vinieron á Madrid así que supieron que el quinto venía á esta guarnición, para que los chicos se vieran y siguieran su noviazgo. Y en los días de fiesta, sentados en un banco en cualquier plazuela, los muchachos hablaban en voz

baja, y el padre, como era sordo no oía nada y leía *El País* desde la primera línea hasta la última.

En el regimiento le tomaron cariño al soldado nuevo; era buen muchacho, muy pundonoroso, muy arreglado.

Algo se reían de su noviazgo, porque la verdad es que se pasaba el día escribiéndole á la novia, y hablando de ella, y eso siempre se toma á risa no sé por qué.

La novia y su padre andaban siempre por los alrededores del cuartel y le llevaban á Tomás golosinas. Nuevo motivo de risa entre los compañeros. La gente es muy mala.

En estas y las otras, se armó en Madrid una de esas *broncas,* como se dice en el culto lenguaje moderno, que duran cuatro ó cinco días, en las cuales la autoridad civil apura todos los medios de restablecer el orden, conferencia con los que lo turban, saca la guardia civil á la calle, hay cargas, cristales rotos, algún tiro suelto..., y, por último, la autoridad civil resigna el mando en la militar, el gobierno suspende las garantías constitucionales y se llega hasta el estado de guerra, que ya casi es estado normal en esta agitada villa de Madrid.

A tal estado se llegó, no recuerdo qué día, ni qué mes de qué año. Lo que si sé, es que, en tal fecha, le tocaba á Tomás entrar de centinela, á las once de la noche, en sitio apartado. Y que

entre las instrucciones que se dan á los centinelas en voz baja por aquellos tres soldados que hablan con ellos en el momento en que comienzan su servicio, fué la de echar el *¡quién vive!* á todo bicho viviente, y, como de costumbre, á la tercera vez que se diese la voz y no fuese respondida, hacer fuego, como es uso inveterado en tales casos y estados de guerra en todos los países del mundo.

Hacía un frio terrible, porque esto sucedía en invierno, y el cuartel estaba situado para cazar desde él todas las pulmonías que pasaran.

Tomás oía á lo lejos el *¡centinela... alerta!* y contestaba con voz extentórea: — *¡Alerta... estaá!*

No vió venir hacia él ni un alma viviente; la calle estaba desierta. Los madrileños, por respeto al frio y á la situación excepcional de Madrid, no salían, por lo visto, á la calle.

Le faltaban á Tomás cinco minutos para acabar su servicio, cuando vió subir en dirección hacia el cuartel, por la cuesta que la calle formaba, á un bulto que avanzaba lentamente.

—¿Quién vive?—gritó.

El bulto siguió avanzando sin contestar.

—¿Quién vive?—repitió Tomás.

El bulto, que ya se convirtió á sus ojos en la figura de un hombre, siguió yendo hacia él lentamente.

—¿Quién vive?...

El mismo silencio, y ya el hombre estaba á veinte pasos del centinela.

Tomás se echó el fusil á la cara y disparó...

El hombre cayó sin lanzar ni un ¡ay! Acudió la guardia, recogieron el cadáver. El centinela había cumplido su deber... y el muerto era el padre de su novia. Porque la ordenanza no ha previsto el caso de sordera cuando hay que echarle el *quién vive* al que va por la calle.

LABORIOSIDAD

NOMBRARON á un señor subsecretario de un ministerio, y como funcionario nuevo y deseoso de *dar golpe* como jefe, comenzó por regañar mucho, amenazar á todo el mundo con la cesantía, dar muchos porrazos sobre la mesa. El ministerio parecía un cuartel, iban y venían las órdenes con rapidez extraordinaria) todos los empleados andaban, como suele decirse, de *cabeza*.

Sobre todo, lo que el señor subsecretario quería era que se trabajase mucho, que no se perdiera ni un minuto. Decía que él, que tenía ochenta años, había trabajado setenta y nueve, es decir, que al año, por lo visto, ya ponía *minutas*.

Un día, hablando con el jefe del personal, le dijo:

—Nada de contemplaciones; al empleado que no trabaje, ¡á la calle!

—Pierda usted cuidado.

—También quiero recompensar á aquellos funcionarios que se distingan por su laboriosidad. Yo soy muy justo y lo mismo castigo que premio.

—Perfectamente.

—Ya lo sabe usted. Duro con os perezosos, y recompensas á los trabajadores.

—Pues oiga usted, señor subsecretario, tenemos en la casa un hombre... modelo.

—¿Quién es ese?

—Un modesto empleado de cuatro mil reales. Si hay alguien que merezca el premio á la virtud que da la Academia Española, es él.

—¿Y cómo se llama?

—Modesto Tragín. En el ministerio le llaman todos D. Modesto; se le aprecia mucho por su honradez y su constante labor. Le digo á usted que es verdaderamente notable.

—Dígale usted que venga.

Fué llamado mi D. Modesto á la subsecretaría. Se presentó casi temblando, nunca había merecido tal honor. Era un viejo bajito de cuerpo, de ojos muy vivos, muy aseado y muy correcto. El subsecretario se puso las gafas para mirarle.

—¿Usted es el señor Tragín?

—Sí, excelentísimo señor.

—Deje usted el tratamiento.

—Muchas gracias, señor subsecretario.

—Me han dicho que es usted hombre muy trabajador.

—Trabajo mucho, sí señor, tengo siete hijos, todo hace falta...

—¿Y qué es lo que hace usted?

—Me levanto á la seis de la mañana, y hasta las once, hora en que vengo al ministerio, hago traducciones de libros de medicina para una casa editorial.

—Muy bien.

—Almuerzo de prisa y corriendo. Una vez aquí, despacho lo que me dan, y en los ratos que otros emplean en fumar ó en tomar café, copio música para un teatro por horas.

—Muy bien.

—Salgo de esta casa á las seis; y hasta las siete que es cuando cenamos, hago cajas de cartón para un almacenista, es cosa que aprendí de niño y ahora me sirve para ayudarme.

—Perfectamente.

—Ceno en un vuelo, y enseguida me voy al teatro de Apolo, donde soy acomodador, y me gano dos reales todas las noches. Y ahí tiene usted mi vida.

—Está muy metodizada. Pero...

—¿Qué?

—¿Dice usted que es acomodador?

—Sí, señor subsecretario.

—Y durante los entreactos, ¿qué hace usted?

—Pues... ¡nada!

—Pues hombre, en los entreactos podía usted hacer calceta.



CHATEAU-LAFFITTE

MONÓLOGO DEL DESESPERADO

Ya están. Una despidiéndome de mi madre..., otra avisando al juez que no se culpe á nadie de mi muerte... *(Cerrando las cartas)*. Y ahora... ¡á morir!

Pero antes, daré la última vuelta á mi casa... Estoy solo, he despedido á los criados, no me queda ni un céntimo, todos estos muebles tan bonitos se los llevará la portera, el juez, ¡el demonio...! Morir á los veintiocho años... ¡Justo castigo á mi perversidad! Me he jugado una fortuna, le he dado mil disgustos á mi pobre madre que está allá en Sevilla llorando mis infamias... Adiós, rinconcito de soltero, cuarto de dormir, comedor íntimo donde *tantas* han comido... ¡La despensa! No queda nada en ella, un montón de botellas vacías, restos de *terrines* de *foie gras*... Estuvo muy llena, y ahora parece un campo de

batalla... no hay más que desperdicios, cascos, cajas rotas, corchos por el suelo.

¿Eh? ¿Qué es esto?

Una botella de *Chateau-Laffitte* entera, con el lacre y el palpel de talco de color de fuego... Se ha quedado olvidada... Si me la bebiera... Hace veinticuatro horas que no he comido nada, estoy tan débil... me va á marear... Por supuesto que á mí ¿qué me importa? ¿No voy á matarme? ¿No tengo el revólver sobre la mesa? La última botella... A lo menos moriré como he vivido, alegre, riéndome de esta miserable humanidad que ayer se prosternaba ante mi dinero y hoy me abandona y me deja morir solo...

¡Ea, bebamos!

(Se sienta á la mesa después de abrir la botella, y bebe.)

Por la última vez, bebamos. Mañana no existiré. ¿Quién se acordará de mí? ¡Bah! Los periódicos anunciarán mi trágico fin, mis amigos dirán: —¡Pobre muchacho! Me enterrarán de cualquier modo, sin aparato ni coche de seis caballos, todo eso me es igual, yo no he de verlo.

¡Es singular! ¡He bebido durante quince años este vino á pasto sin encontrarle nada de particular, y ahora precisamente que lo bebo por la última vez, me parece extraordinariamente bueno! Vamos con otra copa. *(Bebe.)*

Da un calor muy agradable. ¡Ya lo creo! Es vino de ocho pesetas botella puesto en casa. Y

luego, como estaba en ayunas desde ayer... ¡Buen vino! Si hubiera aquí á mi lado una de *aquellas* que venían antes á beberlo... Antonia, Mercedes, la Vaselini, la *Medios-Pelos*, la marquesita del Gallo... ¡Qué bonitas son y cómo me querían... ¿Dónde estará ahora la Antoñita? Estará riéndose de mí, como yo me río de ella y de la humanidad entera... ¡Qué buen vino! *(Bebe.)*

Sí, señor; cuando un hombre no tiene ni dinero, ni vergüenza, ni medios de pagar lo que debe, ni valor de afrontar los peligros... ¿Quién llama? ¡Ah! Creí que habían llamado. ¿Quién había de llamar aquí? Estoy solo, enteramente solo en el mundo... ¡Es decir, solo no! Está mi botellita que me da un calor vital increíble, que me está recordando, ó haciéndome recordar cosas muy agradables... El buen vino es cosa estupenda. Le vuelve á uno loco.. No hace falta comer cuando se bebe bien, ¿verdad? ¿Eh? ¿Quién dice que no? ¡Vamos con otra! *(Bebe.)*

Ya, ya te veo, usurero infame, que estás esperando que me muera para llevarte lo poco que me queda... Entra, entra, no tengas miedo, que te voy á hacer pedazos con el casco de esta botella... ¿Quién ha pronunciado mi nombre? ¡Ah! ¿eres tú, Mercedes? ¡Si no tengo un cuarto! ¿Me quieres todavía, eh? Ya sé yo que tú eres muy buena, que nunca me pediste nada, que yo te lo dí todo... ¡bebe, bebe! ¡Verás qué

bueno es! ¡Bendita sea tu vida! ¡No hay nadie! ¡No abro! (*Bebiendo con la botella*).

Quiero apurarlo todo, no echar las cartas al correo, estoy dispuesto á matar al que le lleve la carta á mi madre... ¡Viva la libertad! ¡Viva el buen vino! ¡Vamos con lo que queda! ¡Qué calor! ¿Y á mí qué me cuenta usted? Esta mujer... es mía. ¡Tengo sueño! ¡Dejadme, dejadme vivir! No, no, no quiero... La última gota... ¡Uf! ¡Qué calor! ¡Me ahogo...! ¡Me muero! ¡No, no me muero... no! (*Cae de bruces sobre la mesa.*)

Voz en la escalera:—¡Manuel! ¡Manuel! *Otra voz*:—¡Rompe la cerradura, ha debido matarse!

(Entran dos amigos después de hacer saltar la cerradura.)

—¡Está muerto!

—¡No! Está dormido... déjale dormir... Ponle sobre la mesa la carta de su madre y el *chéque* para el Banco, está salvado, está todo pagado...

—Y él está, borracho...

—¡Y el revólver aquí!

—Una botella de *Chateau-Laffitte*... ¡Salvado! ¡salvado!



EL SACO DE VIAJE

ENTRE Burgos y Vitoria, á las once de la noche... ¡la catástrofe!

Descarrilamiento, muertos, heridos, gritos, lamentos, horrores... los vagones hechos pedazos y los viajeros lo mismo.

Al cabo de seis mortales horas, vinieron socorros, enterraron á los muertos, llevaron á Vitoria á los heridos...

Y entre éstos figuraba la célebre actriz francesa madame Morel, que había hecho una *térnoue* por España y volvía á París.

Y lo primero que dijo al abrir los ojos y volver en sí fueron estas dos palabras:—¡Mi saco!

Desde aquel momento no hubo más ocupación en España, desde Madrid á Irún, que buscar el saco de las alhajas de la célebre cómica.

¡Como que el saco, según ella dijo, contenía toda su fortuna!

Lo de menos, para un francés ó francesa, es perder un miembro importante. ¡Lo que importa es el dinero! A mi señora Morel le amputaron dos dedos de la mano izquierda; pero ella repetía sin cesar:

—¡Mi saco!

Y como había venido recomendada á personajes políticos y artísticos y literarios, y aquí, en viniendo un extranjero nos volvemos locos, sin perjuicio de que ellos al volver á su tierra nos pongan como guiñapos, todos los exministros que veraneaban por el Norte comenzaron á telegrafiar á Madrid, á la compañía del ferrocarril, á los gobernadores de las capitales de la línea.

«Ruégole busque saco célebre actriz.»

«Indispensable parezca saco madame Morel.»

«Telegrafíeme si pareció saco.»

¡Dígole á ustedes que el saco de Roma no fué nada!

Y el fondista de Vitoria, que era un hombre muy listo, le dijo á la célebre comedianta:

—Mire usted, señora, usted no conoce el país, aquí se cae un billete de cinco duros en un corro de caballeros, y antes de que llegue al suelo, se pierde.

—*¡C'est épatant!*

—Será todo lo *epatán* que usted quiera, pero es así. ¿Qué contenía el saco de usted?

—Mis alhajas.

—¿Valen mucho dinero?

—¡Mucho!

—Pues á los españoles hay que atraerlos por la dulzura y por el sentimiento. A usted le ha hecho el amor todo el mundo y dicen que no se ha rendido usted á nadie.

—¡A nadie!

—Bueno, pues ponga usted un anuncio en los periódicos, diciendo que al que le devuelva á usted el saco, le pondrá usted en el número de sus conquistadores. ¿Es una idea la que le doy á usted ó no?

—¡Es admirable!

Y se puso el anuncio en forma correcta en todos los periódicos de la Corte y de las ciudades ferroviarias.

Seguía la convalecencia lentamente. La actriz no pudo levantarse de la cama en veintidós días.

Y el primer día en que echó pie á tierra, recibió una carta perfumada que decía:

«*Ha llegado al hotel el feliz mortal con el saco. Cuarto número 19.*»

Madame Morel se apresuró á ponerse buena. A los dos días se puso uno de esos peinadores de encaje que sólo pueden comprarse las actrices á la moda, y envió un recado al número 19, para que la persona que lo ocupaba tuviese la bondad de pasar á verla.

Se presentó un señorito muy elegante... con el saco de viaje en la mano.

—¡Este es!—exclamó la actriz, después de los saludos naturales en tales casos.

Lo abrió, lo inspeccionó... no faltaba nada.

Comieron juntos, el recién venido y la estrella famosa. Pasaron juntos ocho días. ¡Ocho días de felicidad, de amor internacional!

Y al día noveno, al despertar el dichoso mortal aquél, se encontró sobre la mesa de noche una cartita que decía:

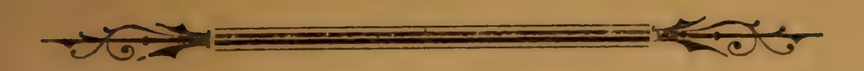
«Tengo que salir de madrugada para París.
»He sido tan feliz contigo que deseo dejarte buen
»recuerdo. Te regalo el saco con todo lo que con-
»tenía y contiene. También te dejo la cuenta del
»hotel, que harás el favor de pagar. ¡Te adoro!

Eva.»

El señorito saltó de la cama, cogió el saco, le deslumbró el brillo de tantos brillantes... ¿Qué iba á hacer con ellos? Se dirigió á la joyería más importante de Vitoria á ver si querían comprarle todo aquello... El joyero, sonriendo, le dijo:

—Toda esta riqueza vendrá á valer... unas mil pesetas.

La cuenta del hotel importaba dos mil quinientas trece.



PEPITO

Comí anteayer en casa del general X***, un amigo de toda la vida. Esto no le interesa á nadie, ¿verdad? ¡Quién sabe! Para un observador como yo ó para un lector que guste de estudios psicológicos, puede ser interesante lo que voy á contar. No es nada, y es mucho.

Pepito llamábamos al general hace treinta años, cuando él era teniente de artillería y los demás tenientes civiles de otras cosas. Tenientes éramos todos, de fiestas, de novilladas, de *broncas*, de desafíos, de noches en vela, de versos, de amoríos, de aventuras, de barricadas, de estrenos, de revistas, de cuartos de banderas y de bastidores de teatros...

¿Hoy? Hoy aquel Pepito de mis tiempos de joven, es el heróico general, joven, porque sus

canas han brotado en los campos de batalla, simpático á todos los partidos, soldado ante todo, malagueño en Málaga, madrileñísimo en Madrid, *alguien*, en fin, ahora que casi todos los viejos ya no son *nadie*.

Se discutía sobre cosas de cocina la otra noche en un Círculo elegante. Declaré que en Francia como en España soy el hombre del clásico cocido. *Mi olla, mi misa y mi doña Luisa*, dice el proverbio antiguo. Pues mañana vamos á comer un cocido, dijo el general.—Pero sin gente, dije yo. Nada de comidas entonadas con viejas descotadas, con comensales tontos, conversación estúpida y señoras que hablan de sus trapos, de sus fincas y de cuarenta grandezas. Un cocido intimo, en familia.—No hay más que hablar. Y allá vamos.

El general está todavía en plena luna de miel. Su mujer es encantadora, con toda la gracia de las mujeres americanas. Los viejos podemos echar piropos sin malicia. Es bonita, graciosa, vive para su marido, son dos enamorados metidos en un precioso nido allá en los altos del barrio de Salamanca. Y este general tan valiente y tan enérgico en campaña, éste que hemos visto recibido en triunfo en su tierra, pasando por debajo de los arcos fabricados por sus paisanos, orgullosos de contar con hijo tan preclaro de la ciudad andaluza; este general, se pasaba la comida mirándose en los ojos de su mujer

y recordando los años aquellos en que todos parecíamos refractarios á las dichas tranquilas del hogar. Contaba yo las mías, mi mesa de familia, mis noches de San Sebastián sin salir de mi casa, mi impaciencia por verme junto de nuevo con mis hijos en la misma calle donde viví con mi madre; y el general y su mujer se miraban, se miraban, se miraban y parecía que les faltaba algo.

¡Ya lo creo! Faltaba *Pepito,* que tiene costumbre de acudir á la mesa y sin duda por haber convidados no le traían... Tal vez era yo quien le impedía venir, y se le oía llorar allá dentro...—¡Cómo! Yo, que he criado, cunado, velado, educado y adorado ocho hijos ¿seré un estorbo á la presencia de Pepito? ¡A ver, que venga enseguida ese caballero!

Y se presentó en brazos de la nodriza, sonriendo, alegrísimo, y tendiendo las manos.

Pepito tiene catorce meses. Aguinaldo y todos sus indios, Máximo Gómez y todos sus negros no pudieran con el general ni le convencieran de nada. Pepito le fascina, le convierte en niño como él; el general se olvida de todo, canta la jota, pone el chiquillo sobre la mesa, se lo come á besos, y allí empieza la serie de ternuras que ha de durar toda la noche.

Pepito es blanco, rubio, de un rubio claro que da á sus cabellos todos los cambiantes del oro. Acabamos de comer y vamos á tomar el café al

salón, y Pepito que no admite diferencias en el trato íntimo, se viene detrás, solo, dando bandazos á lo largo del pasillo, con ese desequilibrio encantador de los primeros pasos de la vida. Se le hace corro, y el chiquillo con su faldilla blanca y sus cabellos dorados, parece enmedio de nosotros al niño de Jesús de Nazaret que luego se llamó Cristo. Corre, grita, quiere hablar sin saber ninguna palabra todavía, y se le nota esa satisfacción que se refieja en el rostro de los niños cuando observan que se ecupan de ellos. Entre nosotros está también Aldana, fiscal del Supremo; otro de *aquellos* que formaban parte hace tantos años de nuestra banda de calaveras alegres madrileños... La generala es feliz viendo al hijo adorado enmedio de la tertulia íntima, y Pepito tiene el dón de impedirnos hablar de otra cosa que de él. Todos felices y olvidados del mundo exterior; todos unos. De pronto, y sin poderlo evitar, impulsados por un movimiento de esos que no se contienen, nos echamos sobre la alfombra para estar más cerca de la atractiva criatura. Allí, revolcándonos sin ver más que al niño, jugamos todos. El general se entusiasma más que en los campos de batalla y los demás hacemos coro.—¡Pepito! ¡Viva España! ¡Adelante! ¡A ver esos valientes! Y Pepito grita y chilla y bate las manecitas, y nosotros le excitamos con nuevos gritos. El criado ha traído antes para que yo la vea la magnífica

espada de honor que le regalaron al general al volver victorioso; espada llena de brillantes y perlas, con dedicatorias entusiastas.—¡Dársela á Pepito!—¡No, que no puede con ella!—¡No importa! Y se la da uno de nosotros.—¡Que se va á cortar! ¡No se corta!—No tiene fuerza...—¡Que sí!—¡Por Dios, se va á hacer daño!—¡Adelante, Pepito!—¡A morir por la patria! ¡Viva España!

Y Pepito sin poder levantar el arma, y los demás temblando de miedo por sus manitas diminutas, le ayudamos á coger aquella espada memorable y se le pasea en triunfo por todo el salón, y la madre está embelesada, y cantamos la marcha de *Cádiz*, y el reloj da *las doce.*

¡Las doce!

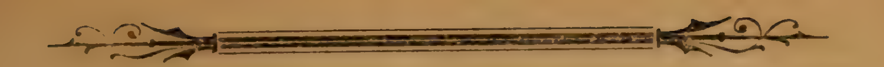
¡Y pensábamos haber ido á un teatro cualquiera después de comer, y Pepito nos ha hecho pasar insensiblemente dos horas, tendidos en la alfombra jugando á la guerra!

La generala tiene que renunciar á salir; ya es muy tarde. Pepito ha trasnochado, como los calaveras de antaño, y su madre prefiere quedarse á acostar á su niño. Nosotros nos vamos todos juntos, y del barrio Salamanca á la Puerta del Sol hay tiempo de hacer muchas y hermosas reflexiones:—Si á uno se lo hubieran dicho hace treinta años...—Yo no creía que el matrimonio era así...—Los hijos transforman, cambian el carácter, crean nueva vida.

—¿Sabéis lo que quiere decir todo esto?, digo yo. Que el calavera de buen género, el que hace joven, la vida de joven, siempre resulta buen viejo; que los que se educan en falsos convencionalismos, entre jesuitas y maestros de espíritu estrecho, salen al mundo para egoístas, para hipócritas y no son los mejores padres y maridos. Lo importante en la infancia es adquirir la idea del honor, ser moral antes que devoto, franco y sincero sin hipocresía; porque llega un momento en que una mujer bonita y honrada nos subyuga y entonces nos convierte en padrazos... Todos los calaveras acaban paseando al niño por la noche...

Y estábamos ya en la Puerta del Sol, y el general, mirando al reloj, dijo:

—¿Y adónde voy yo ahora? Es ya muy tarde... Me vuelvo á casa... Puede ser que Pepito no esté dormido todavía..., ea, buenas noches.



EXCELENTE PERSONA

Se querían mucho; él era algo así como un modesto industrial, ella la hija de un honrado comerciante de la calle de Calatrava.

Se habían conocido en Alicante, en una de esas alegres excursiones de la *orden botijil*. A él le llamaban *Vitoriano*. Pasó su temporada de baños y después de varias conversaciones con Rosalía en la playa, acabó por decirle que la quería, que es en lo que suelen acabar estas cosas.

Nadie le conocía, pero era simpático á todo el mundo. Según propia declaración, era castellano, y vivía de su renta. Y esto de tener rentas un hombre sin corbata, era para agradar á Don Cecilio, que como buen comerciante tenía mucho de práctico.

Los amores duraron tres veranos. Durante los inviernos, los novios se escribían, y al llegar el verano siguiente volvían á reunirse en la playa, y á renovar sus íntimos coloquios mientras el padre, á cierta distancia, se entretenía en adivinar las charadas de *Nuevo Mundo.*

Como á esas expediciones veraniegas á precio reducido suelen ir las mismas personas todos los años, ya se comentaban los amores del desconocido con Rosalía, y la envidia, que todo lo envenena, hizo blanco en la amorosa pareja. Había muchas madrileñas de los barrios bajos veraneando y sin novio, y les molestaba aquel amor tan consecuente y tan firme...

Una tarde, mientras los novios hablaban, un maestro de coches amigo de D. Cecilio, se sentó junto á él en la playa y le dijo:

—Señor Gomílez, usted dirá que yo me meto á lo que no me importa, pero como conozco á usted hace tantos años... ¿Me deja usted hablar?

—Diga usted lo que quiera, Pepe,—respondió D. Cecilio.

—Ese novio que tiene su hija de usted... que por cierto es muy simpático, ¿á qué se dedica?

—Tiene una rentita muy sana en su pueblo, alguna hacienda... ¿Viene usted á hacerme una denuncia?

—No, señor; pero como usted y su hija son muy buenos y muy confiados, bueno será que

antes de resolver sobre el porvenir de Rosalía, se entere usted bien de quién es su yerno.

—Pero...

—No le digo á usted más,—añadió el maestro de coches, levantándose — pero lo menos que puede pedírsele á cualquiera es la cédula de vecindad, digo, me parece...

Y se alejó dejando á D. Cecilio sumamente confuso.

En aquel momento venían hacia él Rosalía y su novio. *Vitoriano* traía un telegrama en la mano.

D. Cecilio no anduvo con rodeos.

—Tengo que hablar con usted de una cosa muy seria.

—Pues ahora no puede ser, porque tengo que tomar el tren en seguida, para Briviesca.

—No importa, porque yo necesito saber quién es usted.

—¡Qué!

—Llevamos dos años de tratarnos, usted nos ha dicho que se llama Victoriano Aguila, que vive usted de sus rentas, que no necesita usted trabajar.

—Tanto como eso...

—Usted lo ha dicho así.

—Todos trabajamos en este mundo.

—Bueno, pero yo necesito saber ahora mismo con toda certeza...

—¿Duda usted de mí?

—Me parece usted una excelente persona, pero ha llegado el momento de que nos expliquemos.

—¿Y por qué no me ha hablado usted así desde el principio? ¿Qué quería usted? ¿colocar la niña ante todo, verdad?

—¿Qué modo de hablar es ese, Victoriano?—exclamó Rosalía.

—¡Eso es una insolencia!—gritó D. Cecilio.

—¿Al cabo de dos años se viene usted ahora con preguntas molestas?—dijo Victoriano impaciente.

—Porque debo hacerlas, porque hay quien me ha dado indicaciones...

—¿Ah, sí?

Y Victoriano palideció ligeramente.

—Sí, señor, con que ahora mismo va usted á decirnos aquí, pero muy claro...

—No puedo, no hay tiempo,—dijo Victoriano sacando el reloj.—El tren va á partir y en este telegrama tengo la orden.

—¿Qué orden?

—Ya hablaremos de todo eso á mi vuelta, *si á ustedes les parece*, porque... tengo que echar á correr... ¡Tengo que ejecutar á un reo pasado mañana!

....



LA VIUDA

I

Había adquirido la solitaria obrera del quinto piso la costumbre de esperar la venida de las golondrinas todas las primaveras. Sabido es que estas aves viajeras van siempre al mismo sitio.

Así que comienza el frío, huyen de España y vuelven al Africa. Así que presienten la primavera española, vienen de nuevo á visitarnos.

Y todos los años (ya lo sabía Aurora, la huerfanita de la guardilla) acuden al mismo lugar donde anidaron el año anterior.

Es decir, que si las golondrinas tuviesen nombre y apellido como las mujeres, y caras y cuerpos diferentes, se las podría reconocer.

No le hacía falta eso á Aurora; porque en el

alero de su tejado formaban su nido anualmente cuatro ó cinco de estas golondrinas sagradas, respetadas en todos los países de la tierra. Y eran indudablemente las mismas, porque una de ellas, revoloteando, ébria de aire y de luz, entró un día, sin saberlo, en la guardilla de la costurera.

Y ésta, encantada de la visita, así que la vió entrar, cerró apresuradamente la ventana, y comenzó á correr por el cuarto, queriendo coger á la imprudente visitante.

Lo consiguió.

¡Qué contenta estaba de tenerla entre sus manos, y de hablarle como si la pudiera comprender!

Se hicieron amigas.

La costurera cantaba mientras cosía, y la golondrina piaba viéndola coser. No la tenía enjaulada, sino en libertad; y el pajarito, en vez de dormir en casa, se subía á dormir al tejado. Cundió la noticia de esta amistad entre los vecinos, y el médico del piso tercero subió á visitar á Aurora un día en que se puso mala, y pudo ver que la golondrina se paseaba por encima de los muebles y estaba allí como Pedro por su casa.

—No la guarde usted aquí *tóo* el año—le dijo á la enferma.—Así que llegue Septiembre, déjela usted marcharse, que aquí volverá el año que viene.

—¿Y cómo haré para reconocerla?

—Póngale usted alguna señal, como hacen los curiosos; una cinta, un papel debajo del ala; en fin, arréglese usted para señalarla, que en Mayo la tendrá usted aquí.

Gran risa le dió á Aurorita; pero la curiosidad femenina es tan grande, que á riesgo de perder aquella tierna amiga, la única que tenía en su soledad, se propuso hacer lo que el médico le dijo.

Y cuando llegó el otoño, y las golondrinas comenzaron á revolotear por grupos cerca del tejado aquel, y á pronunciar esos discursos que ellas hacen siempre antes de ponerse en marcha, Aurora escribió en un papelito muy chiquito y con letra muy menuda: *No matarla, que es el único sér que me quiere, y la espero.*

Y asi que le colocó bien el aviso, yo no sé cómo, abrió la ventana, y la amiga de todo el verano, se lanzó al espacio piando feliz, y desapareció en los aires mientras Aurora miraba al cielo casi llorando...

II

¿Volvió?

¡Ya lo creo!

Al siguiente mes de Junio, Aurora, que estaba una tarde regando los claveles de su ventana, vió venir una banda de golondrinas, y destacar-

se una de ellas del grupo, y revolotear, pasando tan cerca de los tiestos de flores, que no parecía sino que pedía hospitalidad á la huerfanita.

Ocultóse ésta detrás de una puerta, y el pájaro, así que vió que no habia nadie, entró.

Ya no cabía duda, era la buena amiga del año pasado. Aurora, al cabo de una hora de persecución por el cuarto, consiguió apoderarse de ella.

—Sí, sí, es la misma, ¡es la mía!—gritaba loca de contenta...—y vuelve con el mismo papelito... ¡Aquí está!

Papelito tenía, pero no era el mismo...

Era un poco más grande que el que Aurora le puso, y estaba escrito en letra diferente.

Y decía:

¡Oh, tú, quien quiera que seas, qué buena debes ser! ¡Te amo!

Y debajo había estas tristes palabras:

Penal de Ceuta, 13 de Mayo...

III

Aurora tuvo desde aquel día en qué pensar.

¡Quién será! ¡Por qué está allí! ¡Un preso! ¡Pobrecito! Un hombre que me quiere...

¡A mí no me ha querido nunca nadie!

Todo aquel verano soñó Aurora con él. Y al volver á marcharse las golondrinas, le puso á la suya otro papelito que decía:

Te amo, dime tu nombre.

¡Su nombre!

La casualidad, que gobierna el mundo, se le dió á conocer en el invierno...

Leyendo un periódico, se fijaron sus ojos en uno de esos telegramas que sirven para llenar un hueco.

Un telegrama que decía así:

«*Ceuta 15.*—En el penal ha muerto un preso original, á quien llamaban *el romántico*, y que estaba condenado á veinte años por haber matado á su madre á la que sorprendió en culpable entrevista con un desconocido. En los últimos meses *cayó* en enajenación mental, y le dió por enamorarse de una golondrina. Su muerte ha sido muy sentida, porque era hombre muy bueno».

Aurora rompió á llorar. . y desde aquel día se puso de luto.

—¿Por quién lleva usted luto?—le preguntaron las vecinas:

—¡Estoy viuda!



LAS AUSENCIAS DE TRISTÁN

Tenía veinte años cuando desapareció la primera vez.

Era el menor de los hijos del proletario. El padre trabajaba de cantero, la madre era cigarrera, el hermano mayor vidriero. Trabajaban todos y vivían muy mal, porque á la señora Teresa le dió por tener un hijo cada año. Los jornales de padres é hijos no bastaban á las necesidades de la casa.

—Siempre apuros, siempre atrasos, siempre la misma ensalada, siempre con los muebles al hombro, echados de todas partes—exclamaba Tristán.—¡Oh, qué vida, maldita sea ella!

Era mal trabajador, y sin embargo, tenía, según decían sus maestros, muy buenas manos é inteligencia para el trabajo.

—¡Sí, pero es holgazán!—gritaba el padre—

y de vez en cuando le daba una mano de palos que lo dejaba derrengado.

Tristán no protestaba, no se rebelaba contra la autoridad paternal, nada de eso. Ponía la cara entre triste y feroz y volvía á la sastrería, porque era aprendiz de cortador. Y á la noche, al volver á su hogar y comer mal, y tener que dormir con los demás y los chiquillos alrededor, y plagado de insectos y asándose en verano y helándose en invierno, decía unas cosas que aterraban á la familia.

—El que piensa así á los veinte años, no acabará bien—decía su padre.

Como dije al principio, un día Tristán desapareció.

Desolación en la familia, averiguaciones, pesquisas, llanto de la madre... Pero no se supo de Tristán en dos años.

—Si está vivo, escribirá—decía su madre.

—¿Cómo ha de escribir, si no sabe?—observaba su hermano.

—¡Haciendo dictar la carta!

—¡No os canséis—decía el padre—mi hijo se ha muerto, sabe Dios dónde!

No, no se había muerto. Un día de San Pedro, cuando la familia estaba celebrando modestamente los días del honrado jefe de aquella santa casa, aparecio Tristán, limpio, afeitado y vestido de nuevo. Júzguese la alegría que su presencia produjo.

¿De dónde venía? ¿Dónde había estado?

Según él dijo, volvía de un largo viaje. Sabía leer y escribir y traía veinticinco duros ahorrados. De su oficio sabía mucho más, tanto, que su antiguo maestro le tomó de cortador.

Y Tristán parecía resuelto á trabajar...

Pero á los quince días volvió á ponerse muy sombrío y á maldecir de cuanto le rodeaba.

Fué aquel un invierno muy malo; el padre estuvo sin trabajo cerca de dos meses, á su hermano mayor le dió el tifus y le llevaron al hospital; se murió uno de los hermanitos pequeños, y la señora Teresa estaba otra vez... como de costumbre. Deudas, dinero tomado á pagar á dos reales por duro. ¡Qué año!

Tristán salió una mañana á su trabajo y no volvió. Segunda escapada. Esta vez dejó una carta muy bien escrita, á su padre, pidiéndole perdón y diciéndole que no se apurase, que ya volvería. Pero la segunda ausencia fué de *cuatro años*. Ya tenía veintiséis cuando volvió á reaparecer en el hogar doméstico. ¡Ay! Esta vez no encontró á su madre, que había muerto un mes antes de que él volviera. Su hermano mayor, de resultas del tifus, había adquirido una enfermedad crónica que le impedía trabajar.

Vivían los hermanitos, del modesto salario de aprendices y del jornal del padre, el cual, ya cerca de los sesenta años, estaba abrumado de trampas y de atrasos.

Tristán traía también algunos ahorros, que se gastaron en seguida.

Vió que su porvenir era encargarse de todas aquellas desdichas...

—¡Yo solo!—decía—¿Y qué ha hecho *el mundo* por vosotros? ¿Habéis encontrado algún apoyo? Yo he tenido más suerte...

Pero el secreto de su segunda ausencia no hubo manera de arrancárselo... Y harto de comer mal, y dormir peor, y de ver á su padre tan atropellado y á los muchachos decididos á pedir limosna... desapareció por tercera vez. ¡Oh, pero en esta tercera salida del hidalgo de la miseria le dejó á su padre *cuatro mil pesetas* bajo un sobre y una carta *espantosa*...!

«La primera vez—decía—cometí falta como para un par de años; y en la cárcel me enseñaron á leer y á escribir y adelantar en mi oficio. La segunda cometí delito como para cuatro ó cinco años, y en esos años he comido y bebido y me han tenido limpio, y en los talleres del penal he sido un obrero bien considerado. Esta vez... esta vez es *crimen,* y ahí van esos cuartos para que salgáis de apuros. Adiós, y hasta sabe Dios qué año... Cuando las leyes no dan para vivir, hay que irse á habitar á gusto á la cárcel... ¡Allí, á lo menos, se vive!»

El tío Pedro leyó y cayó anonadado; y la familia pagó lo que debía... Y seguimos estudiando las cuestiones sociales en todos los países...



El alcaraván zancudo.

———

¿Por qué le llamaban así?

Era un hombre derecho como un huso, que andaba muy bien..., ¡todo un buen mozo! Además tenía el alma muy bien puesta, y por lo tanto, gozaba fama de valiente. Su fortuna la adquirió trabajando, de modo que no se hizo para él aquel refrán que dice que «algo ajeno no hace heredero», porque á sus hijos había de dejarles al morir lo que era muy suyo y muy bien ganado.

Y, sin embargo, el vecindario del pueblo adonde se fué á vivir abandonando la ciudad, le llamaba como el título de este cuento, que mejor pudiéramos llamar sucedido. Y como era hombre de malas pulgas, su santa mujer estaba siempre con el alma en un hilo, temiendo que algún insolente (y en los pueblos abundan) ha-

blase alguna vez de aquello y hubiera un disgusto, porque, como suele decirse, «anda el almohaza y toca en la matadura»; que á veces entre amigos se suelta una frase á la descuidada, que echa una honra por los suelos.

Fijándome yo en el rostro, al par bondadoso y enérgico de D. Severo, que así se llamaba el hacendado de Fuentidueña de quien me ocupo, y observando lo ligero que iba de la era á su casa, intenté saber de su vida, preguntándole cosas á su apoderado ó administrador, ó lo que fuese, quiero decir, á un tal Fulgencio, que era el *alter ego* de mi D. Severo, porque corría con todos sus asuntos, le acompañaba en los viajes, pagaba á los trabajadores, cobraba las rentas y servía á la mesa.

Y Fulgencio me dijo:

—Este señor y amo mío es muy desgraciado.

—Lo adiviné en cuanto le conocí, y le anuncié á mi familia que á D. Severo le ocurría algo misterioso.

—«Adivino de Valderas, cuando corren las canales, que se mojan las aceras», dijo Fulgencio sonriendo.

—¿Cómo?

—¡Que no era difícil adivinar lo que no ignora nadie, viviendo en un pueblo! Pues... desde el día en que usted llegó, ¿no oyó el mote que le ponían?

—Pero ignoraba é ignoro el origen.

—Nada más sencillo. D. Severo es casado, como usted sabe, y tiene un hijo que ha cumplido hace poco veinticinco años; y este hijo, por el que se ha sacrificado, gastándose en su educación muchos miles de duros, es muy bueno y muy honrado. ¿Comprende usted?

—Sí, señor.

—Pero sucede que D. Severo se casó muy joven, y si el hijo tiene veinticinco años el padre tiene cuarenta y seis..., y todavía no ha querido, como suele decirse, cortarse la coleta... Vivíamos en Valladolid, adonde se trasladó mi amo desde Madrid, porque decía que en una provincia había menos peligros de perdición para el muchacho, que fué como «descalabrar al alguacil y acogerse al corregidor», porque más vicios hay en las ciudades que en la corte y más en las aldeas que en las ciudades. Donde no hay vida, ni movimiento, ni grandes distracciones, el hombre discurre diabluras para pasar el tiempo, y esto ha sucedido desde que hay mundo.

Pues en Valladolid, el muchacho comenzó á estudiar menos que en Madrid, y á entrar en casa á deshora, y á concurrir á los garitos..., y naturalmente, D. Severo, que lleva muy bien puesto el nombre, le echaba unos sermones terribles, y á pesar de que el chico ya tenía bigote y estaba en la edad en que todas aquellas cosas parecen naturales, le gastigaba como á un niño, y hasta llegó un día á afrentarle en públi-

co, en medio de la plaza, que fué un escándalo de los gordos. Disculpábase el muchacho de haber pasado una noche fuera de su casa, pretextando que era martes de Carnaval, y recordando sin duda lo de «alegrías, antruejo, que mañana será ceniza»; pero D. Severo, furioso, después de colmarle de improperios, le tuvo encerrado en casa una semana, sin que sirviera de nada la intervención de su santa madre.

¿Qué había de suceder? Lo que está en la naturaleza humana. Apenas salió el muchacho á la calle, se echó á buscar nueva diversión..., y entonces sucedió lo que va usted á oir, pero no á repetir ni recordar delante de mi amo.

—No, señor, no; de ninguna manera.

—Pues era segundo domingo de cuaresma, y la señora había despedido á la criada porque la vió cosiendo en día de fiesta unas cosas que tenía atrasadas, sin duda por ser la tal reflejo de «la albendera, los disantos hilandera» como decía mi madre...

—Basta de refranes y vamos al caso.

—Era segundo domingo de cuaresma, y el señorito dijo que estaba convidado á comer con unos amigos, y que no le esperasen á la hora de costumbre. Precisamente aquel día su padre también estaba convidado á comer fuera, y se marchó temprano de casa, de modo que no se enteró de la ausencia de su hijo. La señora comió sola aquella tarde y yo la serví.

El señorito fué á comer con cuatro alumnos del colegio de caballería á un gabinete particular del restaurant más caro de la ciudad, y con ellos comían unas coristas de la compañía que actuaba en el teatro, y que aquella noche hicieron rabona; y entre bromas y risotadas le recordaban al hijo de D. Severo el escándalo aquel que le dió, y los consejos que le estaba dando siempre, «cuando el D. Severo, dijo una de las mozas, podía aplicarse los consejos á sí mismo».

—¿Y por qué?, preguntó el hijo algo molesto de que trataran mal á su padre, pues ya le he dicho á usted que es un poco calavera, pero muy buen muchacho.

—¿Por qué?, respondió otra de las que allí estaban; porque de tu padre puede decirse aquello de «alcaraván zancudo, para otros consejos, para tí ninguno».

—A mi padre no hay que ofenderle, exclamó el señorito.

Y en esto estaban, cuando entró un camarero que no conocía al hijo de D. Severo, y oyendo hablar de éste dijo:

—¡Buen *punto* está el señor ese! Ahí, en otro gabinete particular, se ha encerrado á las seis de la tarde con una buena moza...

Oir esto su hijo y levantarse como si le hubiera picado una víbora, fué todo uno. Quisieron contenerle sus amigos, rieron las mujeres, y el hijo á la vez ofendido y avergonzado, fué co-

rriendo á abrir todas las puertas cerradas que encontró á su paso, y en una de estas, ¡paf!, se encontró de manos á boca á su señor padre con una real moza bebiendo de lo caro.

No le dijo nada, ni el padre se atrevió tampoco á decir una palabra; el hijo se retiró llorando y el padre quiso marcharse á toda prisa; pero ya el cándalo estaba dado, y la corista aquella repetía: *¡Alcaraván zancudo! ¡Alcaraván zancudo!*

Desde el día siguiente le llamó así toda la ciudad, y mi pobre señor, indispuesto con su hijo y sin autoridad ninguna en su casa, se vino á este pueblo, donde ya conocen el mote que por allá le pusieron, pero no se atreven á hablarle de eso, unos por miedo y otros por respeto...

Y cuando Fulgencio me estaba contando esto, pasó D. Severo y me saludó, y dijo una mujer desde una puerta:

—*¡El alcaraván* va á las viñas!

Y D. Severo ni siquiera volvió la vista, y apretó el paso...

MUSICA CELESTIAL

AGUA arriba, y como si le llevaran al tormento, iba el pobre Juan á dar su lección de piano á las dos ó tres alumnas que tenía; pero como estaba con el agua al cuello, lleno de trampas y de apuros, sin haber podido ir á tomar aires durante el verano, y, en una palabra, á la cuarta pregunta, en vez de acabar la zarzuela que tenía empezada, daba lecciones de solfeo y piano á cuatro duros al mes á unas señoritas vecinas de su barrio, y subía de un aliento hasta los cuartos pisos para ganarse la vida; en los meses de la canícula se había sustentado del aire y estaba flaco y macilento el que llamaban los periódicos «genial» autor de *La Peregilera*.

Las lecciones le ocupaban toda la mañana, y como las tenía á horas seguidas, en cuanto

una de sus discípulas le obligaba á repetirle una lección, ya llegaba tarde á casa de la otra. Tan cierto es que quien á muchos amos sirve, á alguno ha de hacer falta. Y como el que paga es siempre amo del que cobra, un día en que llegó retrasado á casa de la baronesa, á cuya hija le enseñaba á solfear, le dijo la noble dama sin darle antes los buenos días:

—Usted siempre llega á las aceitunas, señor mío.

—Señora baronesa, no comprendo...

—Quiero decir que siempre llega usted cuando Margarita ha concluído de repasar su lección, de modo que si no le acomoda á usted venir, no tiene usted más que decírmelo. Aindamáis, Sr. D. Juan, le enseña usted las piezas de música que usted mismo elige, y no las que yo quiero que aprenda.

Y poniendo sobre el atril del piano un papel de música que en la mano tenía la baronesa dijo:

—Esta romanza es la que ha de saber de memoria antes de fin de mes.

—¡Y estamos á veintiuno!

—¡No es ninguna cosa del otro mundo! En fin, usted verá. La niña *necesita* cantar esto el día treinta y uno.

Y se marchó, dejando al profesor solo con su alumna.

Margarita sonreía.

—¿No sabe usted por qué *necesito* cantar la romanza ese día?, preguntó.

—No, señorita.

—Pues... vea usted de qué romanza se trata.

Juan, que hasta entonces no se había fijado en el papel, abrió la cubierta y leyó:

FLOR DE LIS

ROMANZA PARA PIANO Y CANTO

por

PÍNDARO

Y se quedó muy pensativo.

—¿Usted sabe quién es *Píndaro*?

—¿Y usted, señorita?

—Yo no; por eso se lo pregunto á usted.

Píndaro es el seudónimo de un músico que no quiere dar su nombre cuando firma cosas de poca importancia.

—¿Y cuál es su verdadero nombre?

—No puedo decirlo, porque á cuatro ó cinco amigos que lo sabemos nos ha exigido secreto absoluto.

—Lo siento, porque no saben ni sus amigos ni él la buena noticia que le espera, y usted pudiera ganar las albricias.

—No puedo.

—Muy bien. Vamos á empezar el estudio y á ver si en dos ó tres días aprendo lo que me hace falta.

Juan comenzó la lección, la alargó media hora, y cuando salió iba haciendo almanaques sobre el suceso, que para él tenía importancia suma.

Aquel día y los siguientes no hizo nada de provecho, ni trabajó, ni salió de casa, ni siquiera fué al garito con honores de círculo adonde solía acudir á buscarse la vida, porque era un poco alburero, ni bajó por las noches á requebrar á las modistas de su calle cuando salían del taller, según su costumbre; pues aunque estaba aburrido, no le disgustaba arrastrar el ala.

Y cuando á otro día volvió á dar su lección, Margarita le dijo:

—Ya casi sé la romanza, porque me he pasado la noche dale que le das.

—De modo que tiene usted empeño en saberla...

—Antes del 31, y si me promete usted no decirle nada á mi madre para que nos cure el alhorre, como ella dice...

—No diré nada.

—Pues oiga usted. Mi madre compró un día media docena de piezas de música de este autor á quien usted dice que conoce...

—Muchísimo.

—Y como mamá es muy artista, quiso saber el verdadero nombre del autor, y escribió á la casa editorial con doble sobre. El de dentro decía: «A *Píndaro,*» y mamá le pedía más música y condiciones de precio. *Píndaro* contestó en-

viando un paquete de valses, canciones y romanzas; y decía que su precio consistiría en que le dejasen hacerme la corte, y si yo cantaba bien sus obras, casarse conmigo.

Juan sonrió.

—Yo estaba para meterme monja.

—¿De veras?

—Sí, señor; nunca pensé en casarme; pero aquella especie de aventura me interesó tanto, que empecé á distraerme del fervor que tenía..., ¡por curiosidad!

—No me extraña.

—Así he pasado el verano, y mi madre, que con tal de no verme encerrada para toda la vida dice que me dejará casar con cualquier hombre, con tal de que sea honrado, va á escribirle á *Píndaro* que el día 31, á las tres de la tarde, se presente en esta casa para oirme cantar todo su repertorio. Y si ese día el músico y yo nos gustamos...

—No siga usted, señorita, interrumpió Juan. La romanza ya está sabida y veo que usted tiene prisa de conocer al que tal vez ha de ser su marido...

—¿Usted me responde de que Margarita puede cantar todas las canciones de ese *genio*?, preguntó la baronesa, que como de costumbre cuando su hija daba lección estaba haciendo *crochet* en el cuarto inmediato.

—Le respondo á usted de eso y de que puede

ver al músico genio, como usted le llama, ahora mismo.

—Pues vaya usted á buscarle.

—¿Para qué, si está aquí?, exclamó Juan riendo.

Y poniéndose de pie y adoptando una actitud ceremoniosa añadió:

—Yo soy *Píndaro* cuando tengo hambre y Juan Aguilera cuando me llaman genio las mujeres hermosas.

La baronesa y Margarita se pusieron muy coloradas y balbucearon un poco; pero á la media hora Juan estaba almorzando con ellas, y la cuasi monja del verano se paseó por Madrid en su coche con *Píndaro* en invierno.

A ULTIMA HORA TODO

Arreboles al oriente, agua amaneciente, dijo Gaspar adivinando en las nubes rojizas que llovería al día siguiente; y en vez de salir para sus viñas, se quedó en casa.

Su primo Juan tenía que ir á la ciudad á cobrar trece mil pesetas; pero como le oyó á Gaspar aquel refrán viejo, deshizo la maleta que ya tenía hecha y se quedó en casa también.

Venía cantando y contando su jornal el hortelano de la casa, un tal Mínguez, con su azada al hombro; y *quien trae azada, trae zamarra,* dice otro proverbio. O lo que es lo mismo, que con el dinero de su honrado trabajo iba á comprarse un chaquetón que le hacía falta.

Gaspar y Juan le dijeron que ya era tarde y que lo dejara para el día siguiente.

—Es que mañana es domingo.

—Bueno, te lo comprarás el lunes.

—El caso es que querría estrenarlo mañana.

—No harás tal porque amanecerá lloviendo.

Y le repitieron el primer retrán de los dos citados.

—Bueno, ¿y qué quieren ustedes de mí?

—Que nos acompañes esta noche á echar un tresillo.

—Como dispongan.

Gaspar y Juan, primos carnales, vivían con un tío segundo, ricachón como ellos. Amos y criados formaban una familia; y supuesto que iba á llover.... ¿para qué tomarse la molestia de salir?

—A ver si está en su casa *Pepe el Ancho* (que era un amigo íntimo, ricachón también) y que se venga por acá.

Fueron á buscarle y dijo que tenía que irse á ver á una tía suya que estaba mala en el pueblo cercano.

—Vuelve á su casa y dile que lo mismo da que vaya mañana, que le esperamos á cenar y luego jugaremos un tresillo, y á las once nos comeremos una sandía.

Tanto se le rogó, que *Pepe el Ancho* dejó de ir á ver á la enferma y acudió á la casa de los amigos.

D. Senén, que era el tío de Gaspar y de Juan, tardó en venir á cenar, y sus sobrinos le regañaron.

—Tenía que hacer las cuentas de los que me daban dinero, y cobrarlo como todos los sábados; yo no dejaba nada para mañana, y como mañana es fiesta y...

—Y además va á llover..., dijo Gaspar.

—¿Estás bien seguro?

—Las nubes lo dicen.

—¿Y por eso, á lo que veo, has dejado de tomar el tren para ir á las viñas?

—¡Naturalmente!

—¿Pero no te han dicho que te están robando las uvas?

—¿Pero no comprende usted que lloviendo á mares no hay quien salga á robar uvas?

—Bueno; ¿y éste tampoco va á Salamanca?

—Iré mañana.

—Bien se conoce que el dinero no te corre prisa.

—Sí que me corre, pero lo mismo me lo darán el lunes.

—¿De modo que esta noche tresillo y cena doble?

—Sí, señor.

—Pues ustedes harán lo que quieran, porque yo estaré roncando á las diez.

—¡Por Dios, tío!

—Nada, no hablemos más; que llueva ó que granice, á las ocho estaré en misa. ¡Manuela, sácanos la sopa!

Cenaron. Reinó franca alegría. *Pepe el An-*

cho, que era muy gracioso, entretuvo la íntima reunión con cuentos y chascarrillos de pueblo, que suelen ser sabrosos. Llamaron á Mínguez, al viejo servidor, que les ganó al tresillo hasta cuatro pesetas. Cuando se levantaron de jugar y comer y beber, eran cerca de las dos de la madrugada, hora *escandalosa* en un pueblo de mil quinientos vecinos.

Ya iban á retirarse, cuando *Pepe el Ancho* les dijo:

—Bien podíais bajar á la cueva y subir una botella de aquel vinillo que D. Senén tiene guardado para cuando repican gordo.

—¡El vino de diez años! ¿El clarito aquel?...

—¡Ese!

—Espera, voy por él, tienes razón; ya que no ha querido pasar la noche con nosotros, que lo pague. ¡Ahora vengo!

Para bajar á la cueva tuvo Gaspar que ir de puntillas al cuarto donde dormía su tío y buscar la llave. D. Senén roncaba como un canónigo, es decir, como es fama que roncan los canónigos, porque yo no he oído á ninguno.

Cogió Gaspar la llave, bajó á la cueva, cogió dos botellas del vino aloque y subió triunfante con ellas.

¡Oh, qué alegría! ¡Y qué bien lo pasaron los cuatro trasnochadores, para los cuales la vida era valle de sonrisas!...

Pero he aquí que á las tres y media suenan aldabonazos á la puerta...

Gran novedad. Acaso era la primera vez que sucedía tal cosa en aquel hogar tranquilo y feliz. ¿Llamar á tal hora? Algo extraordinario sucedía.

—¡Quién!, gritó Juan desde la ventana.

—Un telegrama para D. Juan y otro para don José Sanchas. ¿Está aquí D. José Sanchas?

Este D. José era *Pepe el Ancho*, y el tal Pepe estaba con una media borrachera muy bien cortada.

—¡Aquí estoy!, respondió. ¿Quién me busca?

Gaspar dijo que él bajaría; pero el hortelano se adelantó, cogió un candil que había quedado encendido en la cocina, y fué á abrir la puerta y á coger los telegramas.

Juan y Pepe los abrieron con igual prisa.

El de Juan decía:

«Banquero Torrijos quebró, desaparecido, avísole por si le interesa.»

Y firmaba Andrés, que era un pariente de Juan; y éste, al leer en voz alta el contenido del telegrama, cayó sobre un sofá exclamando:

—¡Mis trece mil pesetas!

Pepe el Ancho leyó su despacho, en voz alta también:

«Doña Teresa fallecida, criadas están registrando y robando cuanto pueden.—*Carlota.*»

—¡Mi tía muerta! Mi pobre tía.. ¡Y aquellas

bribonas se quedarán con todas las alhajas y con el talego de las onzas de oro!

Estaba amaneciendo, y por las calles corrían ya varios vecinos gritando:

—¡Fuego en casa del *pellejero!*

Llamaban así á un hombre que tenía un bazar de esos que hay en los pueblos, en los que se vende de todo, ropa, jamones, perfumería y hortalizas. El hortelano, al oir la palabra *¡fuego!*, echó á correr, porque el *pellejero* le guardaba sus ahorros, y en su casa pensaba comprar el chaquetón. ¡Sí, sí, chaquetón! ¡Todo ardía!

Y Juan y Pepe y el hortelano salían á toda prisa de la casa, cada cual á lo suyo, á tomar el primer tren, á tratar de recuperar los cuartos..., y Gaspar pensaba en que acaso sus viñas estaban convertidas en botín de los merodeadores, porque á pesar de los arreboles de la víspera, ni llovía ni mucho menos. ¡Hacía una mañana hermosísima!

D. Senén se había despertado al ruido del aldabón de la puerta, estaba ya vestido, oía á sus sobrinos y exclamaba en su estilo sanchopancesco:

—*¡Asno malo, cabe casa aguija sin palo!* Ahora es el trabajar y el correr, cuando todo lo que os interesa está para acabarse ó acabado. ¡Perezosos! ¡Indolentes! Cuando falta poco para llegar á lo que ha de hacerse, mucha prisa. ¡Españoles eternos!



CUENTO DE PRIMAVERA

Toma esta rosa, tómala y guárdala hasta que se deshoje, ¿oyes?

—Sí, amor mío, delante del cuadro de la Virgen la pondré, y mis manos no la tocarán... Pero una rosa dura tan poco...

—¡No importa! Yo salgo esta tarde en el tren de las ocho. No estaré en mi pueblo más que el tiempo necesario para traer mis papeles, antes de ocho días estaré de vuelta y nos casamos; pero como yo soy tan supersticioso...

—¿Y por qué? La superstición es enemiga de la religión... No se debe creer más que en Dios.

—Es verdad, pero eso no se puede remediar. Yo te doy esta rosa porque sé que en tu poder es un salvo-conducto para mí. Si está todavía fresca cuando yo vuelva, nuestra felicidad es segura.

—¡Pero no tardes ocho días!

—En el mes de Abril, bien cuidada, una rosa dura cinco ó seis días, y ésta la acabo de cortar de la maceta de mi ventana.

—Bien, hombre, bien, no seas loco. ¡Ves! Ven conmigo, aquí la pongo en este vaso delante de la imágen, y dos veces por día le cambiaré el agua. ¡Pero ven pronto!

—De aquí á la Alcarria no hay mucho, y ya mi padre está arreglando todos los papelotes... ¡Hasta la vuelta! ¿Me quieres?

—¡Tonto! ¿Pues no lo sabes?

—Dímelo como despedida.

—¡Con toda mi alma!

Se fundieron en estrecho abrazo. La huérfana le vió partir, rezó un Ave-María delante de la Virgen del Cármen y se puso como de costumbre á coser junto á la ventana.

¡Qué mes de Abril!

Carlos aspiraba en los campos alcarreños el perfume de tomillo y romero que enbalsama el ambiente y ensancha el alma; se daba gran prisa á sacar los *papeles* para la boda; y mientras su padre activaba el asunto, él salía con la escopeta y el perro á matar pájaros inocentes, contra todas las leyes de la veda y de la compasión. Y en cualquier rincón de mesa de la primera casa en que se detenía á beber un vaso de agua, le escribía á Casilda una carta de cuatro pliegos. Ella le contestaba y decía:

—Ven pronto, ven pronto, mira que á la rosa de la Virgen se le ha caído anoche una hoja...

Pasaron cuatro días. Ya el activo padre lo tenía todo corriente, y le suplicó que se quedara un día más.

—No puedo, padre, no puedo.

—Tan hermoso como está el campo en Abril...

—Pues oiga usted lo que me dice Casilda: «la primavera está donde se ama, y mi ventana está más bonita que todos los campos de tu tierra. Si vieras los jacintos, las hortensias, las rosas amarillas... ¡Vaya una ventana! Ven pronto, que á la rosa se le han caído tres hojas más...

—Un día, un día solo, quédate mañana para almorzar conmigo, decía el padre. ¿No sabes que mañana es mi santo?

Carlos cedió y se quedó un día más.

Y precisamente aquel día, á las nueve de la mañana, la *asistenta,* la pobre mujer que venía temprano á ayudar á Casilda á los menesteres de su humilde vivienda, despertó á la huérfana gritando:

—¡Señorita! ¡Señorita! ¡Que yo no he sido!

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

—El gato ha saltado sobre la cómoda, ha tirado el vaso donde estaba la rosa que usted cuidaba tanto...

—¡Jesús!

—¡Y el vaso se ha hecho mil pedazos y la rosa se ha deshecho toda!

En aquel momento llegó el chico del telégrafo. El telegrama que trajo decía:

«A mi pobre hijo se le ha disparado la escopeta y ha muerto á las dos horas.»

CUENTO DE VERANO

¿QUÉ voy á hacer yo por esos caminos con este horrible calor?, exclamaba la infeliz Marta, arrojada violentamente de la casa donde había servido cuarenta años.

Cuarenta años de fidelidad y de servicios á la familia del rico hacendado cordobés. Era la anciana criada algo como la familia misma, hasta el punto de que los demás criados de la casa, aperadores, jardinero, doncellas, mozos, le confiaban sus economías. A cada fin de mes le entregaban dos, tres, cuatro duros, según lo que cada uno ganaba, y ella guardaba aquellos depósitos en un arcón viejo, que era el principal adorno de su modesto cuarto en lo alto del cortijo.

Y un día, en pleno mes de Agosto, la cocinera, que tenía que enviar dinero á Sevilla á un

hermano suyo, le pidió sus ahorros; y Marta al abrir el arcón vió que de todo aquel dinero que le habían dado á guardar, no tenía nada.

—¡Me han robado!, gritó. ¡Me han robado!

Y antes de indagar nada ni preguntar nada, cada uno de los criados subió corriendo á reclamar *lo suyo*. «¡Mi dinero!, decían. ¡Mis economías!» Y Marta lloraba como una Magdalena, pero el dinero había desaparecido. ¡Cuarenta años de honradez desaparecieron en un instante! Los pobres no razonan en estos casos. Ven su dinero perdido y llaman ladrón al que no se lo devuelve.

Gran conmoción hubo en la casa. D. Manuel, el rico propietario, estaba enfermo en cama á consecuencia de un disgusto que á poco le cuesta la vida. Su hijo mayor, á cuya boda con una muchacha pobre, se oponía el padre, se había escapado de la casa y no se sabía de él hacía dos meses. Hacía una semana que un incendio había destruído una hermosa hacienda que tenía en Sevilla. Las desgracias vienen por grupos. ¡Y ahora, tener que dudar de la vieja Marta!

La servidumbre gritaba, alborotaba, lloraba...

—¿Cuánto importa todo lo que tenías en depósito?,—dijo desde su lecho el enfermo.

—Seis mil doscientos reales.

—Yo los pago; pero tú tienes que irte de mi casa en seguida; porque si no, tengo que echar á todo el mundo.

Y en verdad que todos los criados eran de confianza y la llave del arcón la llevaba siempre encima la criada vieja... Además, contaron dos de los criados que el sobrino de Marta, muy pobre, se había librado de la quinta ocho días antes comprando un soldado. Esto fué lo que la perdió. Hizo su hatillo, y sin despedirse de nadie y llorando desolada, salió al campo á las tres de la tarde, en Córdoba y en Agosto.

Fué aquel un verano terrible; días hubo de cincuenta y seis grados de calor...

Marta iba andando, andando, andando, sin dirección fija, llorando y recibiendo sobre la venerable cabeza un sol abrasador. ¿Donde iba? ¡Qué sabía ella! A morirse en cualquier rincón de la sierra.

Vió venir hacia ella la cuadrilla de segadores...

¡Los segadores!

¡Cuántas veces les había recibido en la hacienda y les había obsequiado con refrescos y vino y algunos cuartos! Todos la conocían.

—¿Ande va la señá Marta con esta caló?, gritó uno.

—Hola, hijos míos; la señá Marta se va á morir de pena á cualquier parte, por haberla echado de la casa.

Los segadores se detuvieron é hicieron corro alrededor de la vieja.

—¡No puee ser!, dijo uno.

—¡Vaya si puede ser! Ya sabéis quién es Marta, y que nunca ha tenido nada que echarse en cara, ¿verdá?

—¡Ya lo creo!

—Pues el dinero que me dieron á guardar los criados, me lo han robado del arcón, y el amo me echa por ladrona.

Y Marta se echó á llorar, y los segadores comenzaron á hacer mil comentarios.

—¿Y qué va osté á jaser?, dijo.

—¡Morirme!

El segador más viejo, el jefe de la cuadrilla, exclamó de pronto:

—¿Vamos á darle la cartera?

—¡A dársela!

¡Oh gente honrada, almas grandes, nunca bastante celebradas! Segando en un campo cercano, habían hallado entre las espigas una cartera con varios billetes de banco, cartas y papeles. *Ninguno sabía leer,* y venían á entregar el hallazgo á D. Manuel, porque el campo era suyo.

Y el viejo le entregó la cartera á la vieja. «D. Manuel es rico, y tú eres pobre, dijo. ¡Ahí va! ¡Y á ver que dice ahí!»

La primera carta que Marta leyó decía: «Marta, yo te robé, dormida, la llave del arcón; te devuelvo el dinero porque mi novia se ha muerto y yo me voy á sentar plaza... ¡y no necesito nada!



CUENTO DE OTOÑO

Comenzaba Octubre, caíanse las hojas de los árboles, revoloteaban al caer y venían á besar los pies de mi señora la condesa, que estaba sola en el jardín de su palacio de Carabanchel...

Y á cada hoja que caía, la condesa contaba: diez, once, doce, trece...

Llegó corriendo á abrazarla su nieta, que tenía un ramo de dalias en la mano...

—Abuelita, las últimas dalias, ¡ya no hay más!

—Es el otoño, hija mía, el otoño: todo se acaba, todo se cae, y las hojas forman ya alfombra...

Y siguió contando: — catorce, quince, diez y seis...

—¿Y por qué las cuentas?

—Porque decía mi madre, tu bisabuela, que cuando se llegan á contar ciento, se vive cien años.

—¿Y para qué quieres vivir cien años?

—Porque espero á alguien que tardará mucho en venir.

La niña no comprendió lo que aquello quería decir, y se marchó corriendo hacia el fondo del jardín.

—Diez y seis, diez y siete, diez y ocho, decía la condesa, y las hojas mustias seguían cayendo al impulso del viento otoñal.

Desde la ventana próxima del piso bajo, le dijo el capellán, que estaba observándola:

—Señora condesa, ¿siempre buscando los cien años?

Sesenta tenía la respetable dama, y en sus tiempos de hermosura célebre se enamoró perdidamente de un buen mozo conocidísimo en los salones madrileños, hombre de honor, que no quiso comprometerla y se llevó, no se sabe dónde, al hijo que de aquellos amores fué criminal fruto...

Veinte años estuvo la condesa casada, y ni su marido ni el mundo supieron nada de aquella misteriosa aventura. La condesa tuvo hijos y nietos de su matrimonio, pero el recuerdo del hombre aquel y del hijo que se llevó no se borraba ni un instante de su mente. Sólo su capellán y confesor conocía el estado de su alma,

y solía darle ánimo para luchar con aquellos recuerdos.

—¡Quién sabe, decía la condesa, si alguna vez sabré de uno ó de otro! Por eso quiero vivir mucho, y por eso todos los otoños cuento las hojas..., porque mi madre me lo juró, que contando cien seguidas, se vive cien años...

—Pero ningún otoño hemos llegado á contarlas seguidas, porque los árboles ó el viento las van arrojando como quieren...

—Hoy he interrumpido mil veces la cuenta...

La niña volvió.

—Abuelita á la puerta hay un pobre muy roto y muy andrajoso que pide que le den de comer.

—Dale dos cuartos, hija mía.

—¡Si no los quiere! Dice que tiene hambre, que le den de comer.

—Acompáñale á la cocina y que coma.

La condesa era muy caritativa y los pobres lo sabían muy bien, y aquél mejor que ninguno sin duda.

Se marchó la nieta y la abuela cambió de sitio. Y al pie de un árbol esperó la primera hoja que cayese.

—Venga usted, le dijo el padre cura, y contaremos juntos.

Cayó una, cayeron dos, diez, treinta, cuarenta... Se había levantado viento fuerte y aquello era una lluvia de hojas... Y los dos viejos con-

taban á toda prisa, setenta..., ochenta..., noventa..., ciento.

—¡Oh qué hermosura! ¡Viviré, viviré!...

—Pero cuidándose del aire de la noche en Octubre, y ya anochece.

—Es verdad, ya es hora de comer...

Y la condesa iba á levantarse, cuando la niña vino corriendo y dijo:

—¡Abuelita! El pobre se empeña en darte las gracias de rodillas antes de comer.

Le hicieron venir. Era un mendigo que dejaba adivinar en los andrajos de que venía cubierto, ropa que habría sido de hombre de la clase media... Tendría de treinta á cuarenta años, pero las barbas las tenía ya casi blancas... Llegó apoyado en un palo y trayendo un saco á la espalda. Cayó de rodillas delante de la condesa y alargó una carta. La condesa leyó:

«Arruinados, perdidos, yo muero y él queda en el mundo para morir si no llega á tiempo de Chile á Madrid.

»Mujer, he ahí tu hijo.»

—¡Poned un cubierto más!—gritó la condesa radiante de gozo.



CUENTO DE INVIERNO

Era la Nochebuena... ¡Pobres gentes! En torno al ancho hogar del caserío estaban reunidos todos viendo humear las cazuelas y pucheros en que cocían las cosas extraordinarias que iban á comer. Un capón, unas magras, un gran perol de leche de almendras. Y en medio del cuarto estaba servida la mesa.

Esperaban á que fuesen las doce de la noche. El tío Roque, á pesar de sus setenta años, estaba en pie. Su mujer, que cumplió dos días antes sesenta y seis inviernos, lo preparaba todo lentamente. Los hijos, fuertes y rudos, cantaban en voz baja. La hija, casada con el mocetón que daba vueltas al contenido de las cacerolas con una cuchara de palo, estaba remendando unos pantalones mientras llegaba el momento de ce-

nar. Allá á lo lejos, en los caseríos del monte, se oían canciones, disparos; y á través de los cristales se veía el resplandor rojizo de las hogueras que encienden los vascos la noche en que nace Dios...

Sonaron las doce.

—¡A la mesa!—gritó el tío Roque.

—¡A la mesa!—repitieron todos.

Se colocaron sin orden ni concierto, y el yerno mocetón puso en medio el gran capón, que olía á gloria y parecía dorado á fuego.

—El sitio de Román que quede vacío, dijo con tristeza la pobre madre.

¡Román!

Había ido á Cuba, en el batallón de Sicilia; lo habían despedido en la estación, con toda la población estusiasmada, y *Marchas de Cádiz* y todas aquellas cosas de hace dos años. Llegó, escribió una carta, dos, tres, en la última decía que estaba muy enfermo, ¡y ya no supieron más! Román ha muerto en el hospital de Cienfuegos, les dijo un bestia de compañero de aquel hijo adorado, y que vino licenciado de Cuba. Desde aquel día, los padres, los hermanos, lloraban sin cesar la pérdida de aquel labrador tan fuerte y tan robusto perdido para siempre...

La cena no fué animada como la de otros años. El tío Roque miraba sin cesar al sitio vacío. A fuerza de beber sidra, se animaron todos, porque bebían á la desesperada... La nieve azo-

taba los cristales; María, la hija del viejo matrimonio, se puso á cantar un zortzico, y todos comenzaron á repetirlo á coro. La sidra corría en abundancia. Era ya aquello una Nochebuena en regla, y el vino había hecho olvidar las penas.

—Ponle vino á Ramoncho, dijo el anciano entre borracho y sentimental.

—¡A la memoria de mi hermano Ramoncho!, gritó María.

Y se levantaron todos y bebieron en silencio.

En aquel momento sonaron varios golpes á la puerta y se oyó una voz que decía:

—¡Abrid!

¡En Nochebuena, á las doce de la noche! Miráronse todos con cierto miedo.

—¡Abrid, por Dios!

—Algún infeliz perdido en el monte, dijo el viejo; abre y que cene.

Abrieron.

Y apareció en la puerta algo así como un cadáver, un hombre, una sombra, con los ojos hundidos, dos grandes hoyos en las mejillas..., que se adelantó y gritó:

—¿No sabéis quién soy yo? ¡Dios mío, Dios mío, no me conocen!

—¡Jesús!... ¡Esa voz!...—exclamó la madre. ¡Es él, sí!...

—¡Ramoncho!

Y Ramoncho avanzó lentamente, llegó hasta

cerca de la mesa; mientras toda la familia le contemplaba absorta, cayó como herido por el rayo; y haciendo una mueca mortal, gritó: *¡Viva España!*

¡LIBRES!

I

Y SOÑABA yo que me llevaba el diablo, ¡y me llevaba en coche!

Me llevaba el diablo, pero no al infierno. Me llevaba á paseo.

—¿No eres tú el diablo á quien me doy cuando tengo mal humor, y el que me apunta al oído las malas ideas?

—Sí, sí, yo soy ése. Y hoy estás aburrido y voy á distraerte.

—¿A dónde quieres ir?

—¡Lejos, muy lejos!

—¿Quieres que vayamos á Berlín? ¿A San Petersburgo?

—A Madrid.

—A Madrid vamos; tengo un *automóvil*. Un co-

che sin caballos, de esos que ahora se estilan. Si prefieres un *tandem* ó una bicicleta *á petróleo*...

—No, no. Vamos en el coche mecánico. Te advierto, diablo, que el otro día fuí en uno de estos coches diabólico con un amigo, y anduvimos con una rapidez vertiginosa.

—Yo te llevaré á Madrid en hora y media. Como alma que lleva el diablo irás. ¡Sube!

Y el diablo y yo íbamos pasando como el rayo por Orleans, Tours, Blois, Angulema, Burdeos, Dax, Bayona, Irún, Vitoria, Burgos, Valladolid, El Escorial, Torrelodones... ¡Pozuelo! ¡Madrid!...

—¿Qué tal?—dijo el diablo.

—Muy bien; pero quiero entrar en Madrid de incógnito, porque he de estar de vuelta en París esta noche.

—Estarás. ¿Qué quieres hacer?

—¿Dar un paseo por las calles?

—¿Ir al Retiro?

—Querría ir, como de costumbre, á San Ginés á rezar al Cristo.

—¡Ah, no; yo no puedo; mi posición no me lo permite!

—Es verdad, perdona. Vamos á ver los pajaritos á la plaza del Angel. Desde que yo era muchacho tengo la afición de los pájaros, de los niños y de las flores, y en esta plaza he sido muy dichoso.

—De nada de eso hay en mis talleres. Vamos á ver los pajaritos.

—Y mira, diablo, no sé lo que daría para realizar un deseo que tengo hace veinte años; que digo veinte, ¡treinta!

—¿Puedo ayudarte?

—Acaso. No lo he hecho hasta hora, porque habría que pagar mucho dinero. Fígurate que mi gran placer consistiría en recorrer todas las tiendas y abrir todas las jaulas... ¡Viva la libertad! ¡Todos los pájaros á volar! ¡Todos libres!

—Vaya, hombre, te voy á dar el medio de ser dichoso.

—El demonio eres.

Estábamos ya en la plaza. Mi compañero había echado pie á tierra y se encaramaba á la estatua de Calderón. A caballo en los hombros del gran poeta, la mano izquierda en la cabeza de D. Pedro y la derecha en alto, decía:

—Nadie nos ve. Puedes hacer cuanto te diere la gana, te doy la *invisibilidad* por un cuarto de hora; de este modo, como nadie te verá, puedes ir abriendo jaulas y echar pajarracos fuera. Los vendedores se tirarán de los pelos y yo te habré dado gusto.

—¡Oh, sí! ¡Qué placer! ¡Allá voy, allá voy! ¿Me prometes que no me verán?

—No hay cuidado.

Y allá me lanzo á hacer diabluras por mano ajena.

¡Oh, dulce instante, en el que puedo realizar promesas y programas que todos los gobiernos han lanzado con hipócritas creencias y no han cumplido jamás.

La libertad que yo voy á dar será completa, absoluta, ilimitada; nada pediré á los séres á quienes voy á hacer dichosos en cambio de la vida libérrima que les concedo y le doy en uso de mi poder invisible. Sal, libertad, tantas veces invocada y hasta ahora falseada por todos. Salid, salid de vuestras prisiones, ¡oh, infelices cautivos! ¡Saborear la libertad desinteresada y verdadera. Sabed que la única es ésta, realización del deseo y de la inspiración universales: todos libres y cada uno haciendo lo que le diere la gana!

Cantad fuera de vuestras jaulas, criaturas de Dios, nacidas como el hombre para aspirar el aire puro y respirar la vida sin trabas, sin amor, sin obligaciones y sin deberes. ¡Todo el mundo á la calle!

Abriéronse las jaulas. Cruzaron el aire los canarios, las calandrias, las cardelinas y los bengalis, los pájaros blancos del Asia y los pájaros de mil colores del Africa y las aves mil de todas las Américas y los raros ejemplares de las islas de Oceanía. Tendieron ancho el vuelo las palomas y salieron tímidamente las tórtolas y los pichones. Como atontados y á saltos echaron pie á tierra los loros y las cotorras, para encara-

marse luego á los balcones. Pobláronse los árboles de mirlos blancos y negros, de catatúas y de codornices. Por la calle abajo echaron las gallinas esbeltas y moñudas y corrieron dichosos tras ellas los ágiles gallos de Cochinchina. Volaban más que corrían los conejos de Indias; y los gatos, que hasta ayer se creyeron vendidos, desaparecían en vertiginosa carrera, seguidos por cuatro perros que llevaban dos meses de gemir en angostas perreras. ¡Oh, con qué placer salieron de sus jaulas tres monos y treparon hasta los quintos pisos, contemplando con asombro, que tal vez era satisfacción, la alegre banda de pájaros en libertad que revolaban en torno al campanario de San Sebastián, coronaban el antiguo palacio de Montijo, cantaban en las ramas de todos los árboles de la plaza, poblaban el aire y anunciaban uno de esos momentos de expansión popular, tan frecuentes entre nosotros los entusiastas pueblos latinos!

Y al mismo tiempo, ¡qué ruido, qué bulla, qué alboroto en la plaza! ¡Millares de almas acudían, á contemplar y celebrar aquella redención, aquel Exodo de todo un pueblo de volatería, conducido á la libertad por el Moisés, desconocido que, invisible á la multitud, gozaba de su triunfo! Era como un día de pronunciamiento; no faltaban más que los *vivas* y el himno de Riego (y estaban regando), ó la *Marsellesa*, ó cosas así, de esas que al pueblo le vuelven loco

durante un mes y luego le dejan cansado para diez ó doce años. *¡Viva la libertad!*—gritaba yo, y el diablo, desde su altura calderoniana, dijo:

—Basta ya; te dí un cuarto de hora y te has tomado veinte minutos. ¡Al coche!

Fuerza era partir: ¿Y qué me importaba, si mi gran misión estaba cumplida? Felices os dejo, creced y multiplicáos, vuestro es el porvenir, vividlo en paz...

¡Pax vobis!

—Aún es temprano—dijo mi conductor y el sol no declina todavía.—¿Quieres dar la vuelta á Madrid, recordar, ver sin ser visto? ¿Qué quieres?

—Pasemos por todas las falsas fábricas de libertades, por todos los monumentos que recuerdan tiranías: demos una vuelta al mundo de los embusteros... Mira, mira el Congreso... ¿qué legisladores han hecho lo que yo?

—¿Qué es aquéllo?

La casa grande, donde la libertad no entra más que de vez en cuando. ¡El Senado!

Sus leyes no son tan prácticas como la que yo he votado y aplicado en veinte minutos. La iglesia... ¿qué sabe de la libertad?... La vicaría... la fundición de los eternos lazos... ¡No, no: para dar libertad, hay que darla!

—Comienza á anochecer y hemos de estar en París á media noche.

—Déjame pasar otra vez por la plaza aquélla.

—Iba á proponértelo.

—Ya no habrá ninguno de mis *libertos,* quiero ver las caras de los vendedores...

—Ya estamos.

II

Esta vez, el diablo dió un revuelo, se encaramó al balcón del teatro Español, se sentó en la barandilla, y agitando las piernas y cruzado de brazos, comenzó á reir, á reir en contínua y satánicas carcajadas...

Había de qué, porque yo iba pasando por una sucesión de asombros casi vergonzosos...

¡Las palomas habían vuelto todas á sus jaulones!

—¡La costumbre!—gritó el diablo, y reía como un loco.

Las gallinas estaban en poder de varios vecinos, ó en las manos de sus propietarios.

—¡La inesperencia!—gritaba el de arriba.

Centenares de pájaros habían caído muertos ó heridos de los árboles á la plaza.

—¡Guerra civil!—vociferaba mi compañero de viaje.

Los loros, encerrados en otras jaulas, comían de lo que les daban unas señoras en los balcones.

—¡El hambre!—alborotó con estridente risa el demonio.

Allá en un tejado piaban tristemente canarios, alondras y gorriones.

—¡Se aburren!

A un conejo se lo estaban comiendo en una taberna.

—¡Un liberal devorado por lo suyos!...

—¡Qué espanto! La plaza, antes tan alegre, parecía un campo de batalla al día siguiente de una derrota. Nada digo de los propietarios de los pájaros, que con gritos espantosos pedían el nombre del libertador que les había robado lo suyo y cambiado las costumbres. ¿Pues y los monos, que por gracia del diablo, sin duda, hablaban y hacían discursos archiconservadores? ¿Quién ha sido ese que se ha metido á redentor de gente que no sabe ni lo que es libertad siquiera? Podía haber hecho antes un poco de propaganda, enseñar á leer á los pájaros, educarlos en la ciencia de la vida antes de enviarlos á paseo así, sin más ni más, á que se mueran de hambre por los tejados. ¡Ah, grandísimo enemigo de la humanidad, ya hiciste la revolución de la plaza del Angel; mira, mira lo que sucede! Media docena de cuervos que estaban esperando el momento este de confusión y de barullo, se están comiendo á todos los demás exvecinos suyos.

—Voy á hacerte visible—dijo el diablo—voy á entregarte á la multitud de pajarracos...

—¡No, que van á despedazarme! Vámonos,

vámonos, llévame contigo; al infierno debe ir á parar el que ha hecho tanto daño.

—No, de ninguna manera—respondió el diablo, tendiendo las alas.—En mi reino no ha entrado nunca ningún tonto.

Y le ví elevarse en los aires y desaparecer entre nubes de fuego...

Al despertar de esta pesadilla, vendían por las calles un periódico, y gritaban los vendedores.

—«¡*La Igualdad Social,* con el artículo de Fulano sobre la Socialidad universal y el fin de las tiranías!»

¡Pobre hombre! ¡Pobres de nosotros todos los soñadores!



LA EJECUCION

«Me *ejecutan mañana.*»

Así decía, ¡qué horror! el telegrama que recibieron los aterrados padres...

—¡Le ejecutan mañana!—gritó doña Serapia, y cayó sin sentido.

En cuanto á D. Andrés, así que hizo volver á la vida á su infeliz mujer, exclamaba:

—¡Oh, Dios! ¡Y qué raras veces se equivoca un padre!

¡¡No te lo he dicho siempre, que este Manuel sería causa de nuestra muerte!!

Desde niño demostró los peores instintos. Ya grande se separó de nosotros para buscar las peores compañías. Ha tenido mil oficios, sin cumplir jamás con su obligación. Por último, se embarcó hace ocho años sin decirnos para dónde, hemos ignorado su domicilio... hasta

hoy, hasta ahora... ¿y para qué? para saber que va al patíbulo, que nos deshonra para toda la vida, que acaba como los grandes criminales...

—No, eso no puede ser, mi hijo era un calavera, un tramposo, un desalmado sin amor á sus padres... ¿pero asesino...? ¡Oh, no, eso sí que no!

—Pues bien claro lo dice, sin añadir ni una palabra de arrepentimiento...

—¿Pero desde dónde lo dice? ¿Dónde está? ¿De qué país viene ese telegrama espantoso?

Don Andrés volvió á leer y dijo:

—De Montreal.

—¡En el Canadá!

—¡Ahí, junto á la puerta! ¡Y es mañana, mañana! ¡Bien claro lo dice... *mañana!*

La cosa no era para perder tiempo en lágrimas.

Una madre es una madre, como dicen en los barrios bajos, y doña Serapia, por los favores que hacía, en unión de su marido, tenía muchas y muy buenas relaciones que poner en juego para evitar una catástrofe.

Don Andrés, y su señora *prestaban*. ¿Qué se ha de hacer?

Unos piden, otros roban, otros *prestan*. Este matrimonio sacaba de apuros á personajes de posición, á un interés muy alto, es verdad, pero cuando los personajes son altos, el interés para llegar á ellos tiene que serlo también, ¿Que los

personajes no pagaban? Pues mi D. Andrés se quedaba con la casa, con los olivares, con las alhajas del deudor. ¡Hay que vivir, como decía él!

Y el muchacho, el Manolito este del telegrama salió tan derrochón como avaro era el padre. Ya se sabe, padre guardador, hijo gastador; y Manolito no era gastador. ¡Era... cabo de *gastadores!*

Los disgustos que les dió no se pudieran contar: todos los días tenían que pagar por él sumas de esas que llaman disparatadas. ¡Y es claro! Un prestamista es prestamista antes que padre y un día dijo que ni Cristo pasó de la cruz ni él de las treinta y dos mil pesetas que había dado para que el niño no fuese al *Abanico*.

El niño, según opinión de sus admiradores, *era de oro:* y dijo ¿sí? pues ya estoy yo cansado de hacer el primo. ¡Hasta luego!

Y fué y se embarcó para tierras desconocidas de los que prestan dinero en Madrid.

La madre hizo todo género de pesquisiones, inquisiciones é indagaciones para dar con el paradero de su niño de oro, porque ya lo he dicho y lo repito, que una madre es una madre; pero se hartó de gastar dinero, y los tiempos, según D. Andrés, estaban malos. Año hubo en que no se les vendieron los trastos más que á doce ó catorce empleados de poco sueldo. ¡En un Ma-

drid! repetía el santo varón. ¡Trabaje usted para esto!

En fin, que el paradero de Manolo el dorado se ignoró durante mucho tiempo, sin duda porque no paraba en ninguna parte, ó no podía parar en parte alguna.

¡Quién había de decirles á los dos populares sacarredaños y distinguidos rediteros, que la primera noticia que del hijo tendrían sería la de la ejecución capital del descarriado hijo pródigo! ¡Estos son los dramas de la vida, que no hay autor que los imagine, ni obispo que los excomulgue, ni jurado que los oiga, ni nada de eso!

Cada cual por su lado echaron á correr marido y mujer *á buscar influjo* (así decía doña Serapia), coche por aquí, telefonema por allá, criados por este lado, *coloraditos* por el otro, á moverse y á buscar manera de que allá en Montreal *alguien* viese de poder evitar la ejecución de un hombre y la deshonra de unos ladrones tan honrados.

¿Quién no le debería favores á D. Andrés en este Madrid de tantas necesidades y de tanto vicio? ¡El que no le diese nada, que le tirase la primera piedra! ¡Por ganas no quedaba, pues habría quien le hubiera matado á predradas! ¡Pero cá! !Había que respetarle y que servirle!

Por varios *centros* oficiales y particulares se enviaron yo no sé cuantos cablegramas al Canadá. El cable se puso aquel día como una sangui-

juela que ha chupado sangre una hora; por milagro no reventó, de los recaditos que fué tragando de un mundo para otro. Al cónsul general de España; á la casa Morgan, cuya esposa morganática había tenido no sé qué con un diplomático español que ahora está de revistero de gallos en un periódico de *sport;* al obispo del Canadá, que tenía parientes en Madrid y solían comer un arroz los viernes con el deán de una colegiata que medio pagó D. Andrés para ganar el cielo; al gobierno francés para que intercediera con la curia canadense; al embajador de la República de Calaguala en aquel país, donde Manolo, el infeliz Manolo, iba á pagarlas todas; á la Junta de señoras protectoras de la juventud *sobria*... ¡Qué sé yo! En veinticuatro horas se revolvió el mundo y D. Andrés y su mujer ofrecieron, ella llevar hábito un año, sin perjuicio de banderillear los arrancados que le correspondiesen, y él fundar un *hospital de víctimas de la usura,* que está haciendo muchísima falta.

¡Qué noche pasaron! Don Andrés no dejó de rezar más que cinco minutos, el tiempo de firmar el empeño de una capa que le trajo uno que salía asado del Casino á las tres de la madrugada.

Doña Serapia veía ya á su hijo bajando la cabeza para meterla en la media luna de la guillotina.—¡Quién sabe!—exclamaba su marido, besando equivocadamente el talón del empeño,

creyendo que era una estampa de San Andrés que tenía siempre en el libro de misa.—¡Quién sabe si su crimen será político y el chico no será decapitado, sino fusilado!

¡Hay clases, Serapia, hay clases!

Al amanecer... ¡por fin! llegó un telegrama, cablegrama, un papel azul cualquiera; pero consolador hasta cierto punto.

—¡El consulado de España en Montreal!—exclamó D. Andrés.—Es un despacho dirigido á un amigo mío del Ministerio.

Estaba en francés; en la casa no hablaba francés más que el loro, un loro empeñado por un extranjero, y que decía á todas horas. *¡Bon jour, cocó!*

Hubo que llamar á un vecino que había estado un mes en Hendaya, y según él, sabía más francés que Napoleón. El telegrama decía así:

—«Suspenderáse ejecución mediante tres mil francos.»

Aunque avara, una madre... ¡siempre es una madre!

Los afligidos cónyuges respiraron.—No es caro—dijo Andrés.—Luego dicen que en España se hace todo por dinero. Pues á ver si aquí se suspendería el dar garrote á nadie por doce mil reales!

No había tiempo que perder; se avisó por cable á la casa Morgan que pagase inmediatamente al Gobierno de por allá, al jurado, al ver-

dugo, á quien hubiese que pagar... y al día siguiente, Manuel, el mismo Manuel *cablegrameó* lo siguiente, con gran alegría de sus atribulados padres.

—«Pagado y contento, detalles correo.»

¡Con qué impaciencia esperaron la carta! ¿Qué género de crímen habría cometido aquel desventurado? ¿Qué país era aquel dónde se le compran cabezas á la ley, á tres mil francos pieza? Don Andrés pensaba ya en alguna ley para poder hipotecar cabezas en España, á precios convencionales.

Llegó por fin la carta deseada, que decía:

«Queridísimos padres. Sin tiempo para nada, porque mis negocios me ocupan mucho tiempo, sirva ésta para daros un millón de gracias por el pago telegráfico de aquel pico. Un usurero indecente (así decía), me había prestado mil francos, que con los intereses llegaron á ser tres mil; y amenazaba con *ejecutarme*, como decimos en francés, es decir, con embargarme los pocos muebles y ropa que tengo. El mismo día de la ejecución vino el Sr. Morgan con los cuartos, pagamos y bebimos un vaso de champagne á vuestra salud. Si pudiérais enviarme dos mil duros que le debo al sastre, me evitarías muchos disgustos y una ejecución nueva. Vuestro hijo que os adora, *Manuel.*»

Don Andrés, en su desesperación, le prestó á

un hijo de familia mil duros, haciéndole responder del pago con el Casón del Retiro.

Doña Serapia no se puso hábito.—¡Hay cosas que no se deben profanar!—decía.



CUENTAS CABALES

I

Oh, qué alegría! Llegó á la casa de los honrados y tronados y apurados esposos una carta con una letra de cien duros; dos mil reales, quinientas pesetas... ¡Una suma increíble para ellos! Con estos cien duros se resolvían en aquella casa muchas, muchísimas cosas...

D. Quírico Blázquez, y su mujer doña Sangre Negrez, eran unos verdaderos infelices.

El marido estaba cesante desde el año setenta.

La mujer cosía para fuera, como otras cosen para dentro. Tenían cuatro hijos que no servían para nada. El uno era fusionista, el otro carlista, el otro federal, y el otro conservador. ¡Qué cuatro carreras!

Profesión... no tenían ninguna, por más que los cuatro podían decir que eran algo.

Así, por ejemplo, cuando se preguntaban qué hacían, los padres respondían por orden de edades:

—El mayor *estuvo* empleado, pero está cesante. El segundo se *dedica* á la pintura, pero *no vende* cuadros. El tercero *escribe* en un periódico, pero *no le pagan*. El cuarto es actor, pero *no tiene* contrata.

Y á todo esto, había que gastar, y vertirse decentemente, y el padre, que tenía sesenta años, era el único que trabajaba. ¡Y á la hora de comer, todo el mundo á la mesa!

Y el día en que sucedió lo que voy á contar, era el santo del padre, y la familia había convidado con anticipación á varias personas á comer.

¿Y con qué se iba á pagar aquella comida?

Compromisos y obligaciones son éstas en nuestra manera española de vivir. Hay *que cumplir* con el mundo aunque no se tenga una peseta. ¿Qué dirán las de Ajoblanco y las de Carretilla y las de Lecumberri y las de Agurregui, si no se corresponde á los agasajos que nos han hecho?

Se invitó á las relaciones del cesante, que apenas ganaba para mantener á los cuatro vagos de sus hijos, trabajando de copista para el teatro Antúnez (Antúnez, actor muy malo, que se mu-

rió de torpe y dió nombre á un teatro, á una calle y á un jabón de olor).

Se les dijo á todos los que fiaron lo que se había de comer, es decir carnicero, vinatero, pastelero... ero... ero... ero... que al día siguiente se les pagaria, porque se esperaban *fondos*.

Y era verdad, se esperaban fondos, y llegaron. Un pariente lejano, muy lejano (como que vivía en Huelva, que es lo que está en España más lejos de Madrid), les había prometido enviarles, para celebrar el santo de Don Quírico, una letra de quinientas pesetas.

El cartero acababa de llegar. ¡La letra con sangre entra!—dijo doña Sangre (esta señora había nacido el día de la Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y su marido la llamaba Sangrecita.)—¡La letra con sangre entra! dijo doña Sangre, que abrió la carta y vió la letra precisamente en el momento en que acababa de cortarse mal un repelo y tenía el dedo de enmedio hecho una lástima.—Y su marido celebró el chiste y la feliz noticia. Ya estaban tranquilos. Ya podían dar su comida y celebrar sus *bodas dc zinc*. Las llamaban así, porque aquél día se cumplían veinticinco años de su matrimonio, y no tenían *plata*, como dicen los americanos sudoríficos.

II

—Ea, ya está todo arreglado. Ya no hay para qué apurarse; mañana pagaremos, no solamente los gastos del *banquete,* sino las trampas de dos meses. ¡Qué descanso! Si esta letra no llega, si mi primo Antero no tiene la bondad de acordarse de nosotros, pasado mañana hubiéramos estado en la calle. El casero nos ha desahuciado; los chicos están descalzos; de la tienda han dicho *que no dan más.* ¡Ay, Quírico! Bien podemos dar gracias á Dios; sin esto, nuestra casa desaparecería y al hospital derechos. ¡Toribio!

Si ustedes conocieran á Toribio, ¡oh, benévolos lectores de mis pobres cuentos! recordarían al verle toda la historia de Roma. Dos Brutos tuvo Roma, célebres en el mundo; ¡pero como este bruto de Toribio, no hay otro. Un poeta célebre, no por lo de poeta, sino por lo de borracho, autor por horas como los coches, en teatros de las afueras, hizo un poema *sobre* Toribio, titulado *los tres brutos,* y probó que ni el fundador de la República ni el matador de César, llevaban con tanto derecho sus nombres como el indígena de Cangas de Tineo.

¿Y qué hoja de servicios! Aguador, cochero, alabardero, corista, ranchero, limpiabotas, esquilador, consumidor (quiero decir empleado en consumos), y, por último, *méndigo,* como él decía (con acento en la é) y recogido por don

Quírico que, como todos los padres, era hombre caritativo y filántropo de poco precio.

Y Toribio ayudaba un poco en la cocina, y limpiaba la sangre de ropa, digo, la ropa de Sangre, y llevaba y traía recados, y estaba en los secretos de familia, y abría la puerta de noche á los señoritos, y entretenía las trampas, y ayudaba á D. Quírico á copiar los segundos apuntes, y en fin, que había venido á ser un miembro de la familia, parte del organismo aquél. Sangre era el corazón; D. Quírico, la cabeza; los cuatro niños, los pies y la manos, y Toribio, el bazo, que, según los médicos, no sirve para nada, y sin embargo, es indispensable.

Doña Sangre llamó á Toribio y le dijo:

—Mira, hijo (le llamaba hijo, ¡si le querría!) son las once y media, y hoy tienes muchísimo que hacer.

Apréndete bien todos los recados que te doy, porque todos ellos son urgentes y del momento: ¿oyes?

Y Toribio, aparte de su brutalidad, era la exactitud misma, y sobre todo, honradísimo. Orden que le daban, la cumplía al pie de la letra.

—Pues oye bien.

—Sí señora.

—Irás á casa de Avarices y Compañía, banqueros.

—Ya sé: esos que venden bancos.

—¡No, hombre, no! Banqueros, unos señores que tienen casa de banca, casa de comercio, ¿comprendes?

—Sí señora.

—Allí cobrarás esta letra, que es *á la vista,* á la vista, ya sabes, no tienes que volver.

—¡A la vista está!—dijo Toribio.

—¡No es eso! Sino que te la pagarán en cuanto que la presentes, ¿entiendes? Si puedes cobrarla en oro, mejor, porque el oro gana premio.

—Bueno.

—Después irás á la tienda de flores de la Carrera, y comprarás un ramo de cuatro ó cinco pesetas, que sea muy bonito y muy fresco, que es para ponerlo en medio de la mesa.

—Sí, señora.

—Luego irás á decirles á los señores de Cuellovuelto que les esperamos á comer. Ya que tenemos dinero, quiero convidar también á estos, que andan diciendo por ahí que estamos á las últimas.

—Bueno.

—Comprarás en la Mahonesa cuatro pesetas de dulces variados, que sean muy variados.

—¡Pues en comprando una vara, se *varearán* en casa!

—*¡Variados,* digo! ¡No seas bruto!

—Bien.

—Irás á casa de Zozaya y comprarás la ro-

manza del *Pescatore de peltre*, para que la cante esta noche la niña de los de Calaguala

—Mire usted señora, que son las doce.

—¡Pues vete, y que no se te olvide nada!

Y Toribio, que había estado seis meses en Filipinas, dijo:

—¡Yo cuidao!

Y cuando ya estaba en la escalera, doña Sangre gritó:

—Tráete seis onzas de café.

—Bueno.

III

¡Qué día!

¡Sangre se multiplicó! Hizo los buñuelos de viento, la salsa para la langosta, los huevos *moles* en recuerdo del editor famoso, del mismo nombre, que era primo tercero de su marido; plegó en forma de abanico de dos cuartos las servilletas, para ponerlas en los vasos; al pavo trufado que tomó *á crédito* en el restaurant de la calle de la Aduana, le puso entre las dos patas unos versos que hizo el hijo que *escribe*, y que decían:

«Canto las bodas de plata
con un verso en cada pata.»

En fin, que aquella señora *se deshizo* para dar gusto á los que comen sal, como hubiera dicho el inolvidable Bofill, quiero decir, á los comensales.

Y á las siete y media empezaron á entrar las de Lecumberri, hechas tres brazos del Océano, del Mediterráneo y del Cantábrico; y las de Agurregui, con vestidos nuevos y sombreros hechos en casa; y las de Ajoblanco, que parecían de la familia de la reina de Madagascar, por lo estrepitoso de sus vestidos de mil colores... D. Quírico y los cuatro diputados de cualquier mayoría futura, se había afeitado, peinado, y limpiado las uñas, y daba gusto verles. La cocinera (porque también tenía cocinera) lo tenía todo dispuesto.

¡Pero Toribio no volvía!

Y faltaban los dulces, y las flores, y el café, que doña Sangre pensaba servir en el *salón* (tres metros de largo por dos de ancho), y ya venían las de Calaguala... y sobre todo, que Toribio hacía falta para servir la mesa!

¡Las ocho!

Toribio no parecía. Las de Lecumberri se sucedían en el piano, tocando cosas tristes, porque esta familia tenía la música melancólica.

Las demás se tapaban las bocas con los abanicos para que no las viesen bostezar. ¡Hacía un hambre... glacial!

¡Las ocho y media!

Ya hubo que hablar claro. Todas las relaciones de la casa conocían á Toribio. «¡Toribio no viene! A Toribio le pasa algo! ¡A Toribio le ha *cogido* un coche.»

Y la mesa sin flores; y la cocinera teniendo que bajar los escalones de los cuatro pisos para comprar café, y volviendo á decir que en aquel barrio estaban ya las tiendas cerradas; y todos poniéndose á la mesa de mal humor; los amos de la casa por verse en compromisos tan graves, y los convidados porque estaban hambrientos y desperados de tanto retraso... Y tuvo que servir la mesa la cocinera; y todo fué retrasado, y los platos servidos todos, y el marido y la mujer se miraban en silencio, diciéndose en cada mirada:

—¡A ese bruto se le ha perdido el dinero!

—¡Ese infame se ha jugado las quinientas pesetas!

¡¡Qué comida!!

—¡Y qué sonrisitas disimuladas las que se enviaban las amigas!

Las Lecumberris, que habían dado la semana anterior un *té literario* con versos de los primeros poetas á domicilio, *gozaban*.

Las de Cuellovuelto (¡lo hacían á propósito!), dejaban pasar los platos sin tomar nada, para que Sangre se hiciera mala ídem.

¡El reloj dió las nueve y cuarto!

Y llegaba el momento de servir los postres y no había dulces...

Y en el *salón* brillaban y se derretían las velas, esperando á los invitados que debían tomar el café... y Toribio no parecía.

¡Las nueve y media!

Estaban en el pavo. Los versos no hicieron efecto. La humanidad es ingrata con los poetas modernistas. El pavo estaba frío y la conversación también.

Sonó un campanillazo, un gran campanillazo...

—¡Toribio!—dijo la cocinera.

Sangre, olvidando todas las conveniencias sociables, se levantó y corrió á la antesala.

—¡Infame, bribón, pillo, tunante!—dijo en voz baja, muy baja.—¿Qué es lo que has hecho?

—¡Pero señora—respondió Toribio, que venía sudando á mares—si no he encontrado café!...

—¿Qué es lo que dices, estúpido? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Vamos despacio, señora, vamos despacio, que á mí me gusta siempre cumplir con mi obligación, y las cuentas claras. ¡Ahí está el carro!

—¡¡Pero qué carro!!

Toribio la llevó al balcón de la cocina, que daba á la calle, y, en efecto, Sangre vió á la puerta un camión, todo lleno de sacos, que iban descargando unos hombres.

—Y Toribio dijo:

—*Cubré* la letra; ahí tiene usté cuatro duros que sobran, porque las flores y los dulces *non lus* pude pagar...

—¡Acaba, infame, acaba!

—El señor banquero me pagó en oro, en buenas onzas de oro. Usté me dijo que *comprara seis onzas* de café, y ahí las tiene usté en la puerta; que me han costado mucho trabajo de encontrar tanto café y cargarlo y traerlo...

Toribio había gastado en café ¡¡noventa y seis duros!!

FIN DE «CUENTOS NUEVOS»

Cosas raras.

COSAS NUEVAS Y RARAS

Hay quien se ríe y toma á broma los augurios, ó anuncios ó profecías de madame de Thèbes, la célebre mujer que predijo al marqués de Morés su trágica muerte. En un periódico de Madrid, de gran circulación, leía yo sin extrañeza hace pocos días, que hay muchísimas personas que no creen en el cinematógrafo. Se imaginan, sin duda, que las engañan. No conciben que la fotografía haya llegado á tan asombrosos resultados, como revela la reproducción del movimiento.

Lógico es que todo ello suceda así. Hay en la nación un millón de personas instruídas é ilustradas; las demás viven, como nuestros bisabuelos, esa vida casi infantil, casi patriarcal, que consiste en no conocer, como decía Trueba, más río que

el de su patria. Acaso son más felices que las demás; pero no por eso dejan de ser absolutamente pasivas, y de ellas viven los gobiernos que vamos padeciendo hace cerca de un siglo. Ignoran y pagan; son una verdadera ganga. Cuando Lavater, Gall y nuestro Cubí, comenzaron á propagar la frenología, el mundo se rió de ellos. Después se ha reconocido que lo que parecía charlatanismo era una ciencia de la que hoy nadie duda. Al publicar Desbarolles su primer libro sobre las rayas de la mano y sentar las bases de un gran estudio, que más tarde habían de ampliar sus adeptos, también tuvo su carcajada general como recompensa. ¿Qué hay en esto de extraño? Si á nuestros abuelos ¿qué digo á nuestros abuelos? Si á nuestros padres les hubieran dicho que se podía hablar desde París con un amigo de Londres ó desde Madrid con un amigo de Barcelona; que con solo apretar un botón, sin fósforos y sin fuego, tendrían luz en su cuarto; que les harían sus retratos en un segundo y moviéndose como en su casa; que les coserían las camisas á máquina y les imprimirían noventa mil números de un periódico en tres horas, ¿no se hubieran reido? «El hombre es tan soberbio y tan refractario al progreso —ha dicho uno de los hombres más grandes de la Alemania moderna— que lo que no comprende lo niega.» El mundo va muy deprisa, y no hay que dudar á ciegas de nada. Treinta años hace

que á los que nos llamábamos demócratas se nos miraba por la generación anterior como á unos mónstruos, revolucionarios temibles y dignos de la muerte á que tantos fuimos condenados por tal ó cual motín de poco más ó menos. Pues hoy en pleno socialismo, republicanismo, anarquismo y todos los ismos de la política activa, los demócratas de entonces no son sino unos conservadores, unos reaccionarios, casi anodinos, verdaderamente incoloros.

En el terreno científico ha sucedido lo mismo y las invenciones y descubrimientos se suceden con vertiginosa rapidez, para gloria de la humanidad. En los países esclavos de la doctrina clerical, hay siempre una barrera que ataja la corriente del adelanto, como las esclusas cortan el paso de los ríos. Y, sin embargo, nada hay que se oponga á reconocer la verdad, aun en el ánimo del sér más profundamente religioso. La idea de Dios no ha desaparecido de mi alma en quince años de viajes y de vida activa, en este verdadero cerebro de Europa que se llama París y que puede considerarse como el almacén intelectual del mundo. Por eso al leer en un periódico español muy respetable y escrito por personas ilustradísimas, chistes y dudas sobre los anuncios de madame de Thèbes, se me ocurrió hablar hoy de estas cosas.

Lo menos se cree por ahí que esta señora *echa las cartas*, como decimos por España, y

que se gana la vida diciendo la buenaventura. No hay tal. Y la amistad que por ella tuvieron Jules Simon y Alejandro Dumas y la que le profesan Meilhac y Prevost, y tantos otros escritores célebres, prueba que no se trata de una de tantas brujas modernas, explotadoras de la credulidad de los enamorados. Madame de Thèbes ha hecho un estudio completo de las rayas de la mano. Si hay una razón para que las protuberancias de la cabeza respondan á aptitudes ó cavidades del individuo, no hay ninguna en contra de los signos de la mano en relación con el temperamento y carácter del individuo mismo. Es ya tan corriente el conocimiento de lo que pudiéramos llamar *grandes líneas* ó primeras ideas sobre las rayas, montículos y protuberancias de la mano, que lo mismo en Francia que en Inglaterra ó en Alemania, la mayoría de las personas ilustradas las conocen. Nadie ignora cuál es la línea de la vida, la línea del corazón, la línea mental y tantas otras.

—¿De veras?—dirá algún tonto.

—Sí, señor; de veras.

¿Qué motivos tenía la célebre persona de que me ocupo para alarmar al marqués de Morés, ni qué interés personal la impulsó á decirle lo que después se ha comentado tanto? Ello es que á instancia del desdichado aristócrata y aventurero, y después de hacerse mucho de rogar, le describió su carácter, pasiones y deseos y le

aseguró que moriría trágicamente á los cuarenta y dos años. Que hubo en esto la suposición lógica de que dado el carácter batallador de aquel hombre pudiera morir asi, no lo dudo, pero la verdad, lo que pudiéramos llamar verdad científica, para los que admitan que hay un estudio serio de las manos, es que la vida está cortada, interrumpida *allí*, á los cuarenta y dos años.

A Julio Simón le había dicho constantemente que pasaría de los setenta y cinco, y la anemia cerebral de Alejandro Dumas se la anunció ya esta señora cuando el gran autor dramático estaba en toda la fuerza de la vida y de la inteligencia.

No hay ningún imbécil entre los numerosos discípulos de esta mujer; y alguno de ellos como el vizconde de Alburquerque, de la alta nobleza del Brasil, ha llegado á describir con toda exactitud el modo de ser de personas á quienes veía por la primera vez. De Lavater se cuenta que habiendo pasado una noche en un *albergo* italiano donde estaba Bellini con varios amigos, éstos disfrazaron al célebre compositor de bandido napolitano para burlarse del sabio. Se lo presentaron como si acabara de llegar preso.

—Estúdiele usted la cabeza—dijo uno—á ver si responde á su criminal modo de ser.

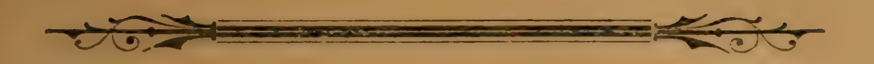
Y Lavater, después de estudiarle, y reconocerle durante largo tiempo, dijo:

—¡Lástima grande es que haya echado por mal camino este hombre, porque hubiera sido el músico más grande de Italia!

La lectura de las rayas de las manos, era para el vulgo una farsa hace treinta y cinco años. Los rayos católicos no existían entonces, ni el doctor Beraduc, de Munich, había anunciado lo que ya es un hecho público en Europa; esto es, que se puede fotografiar el fluido nervioso, *el alma*, como él dice. Ayer mismo el doctor Radel publica en el *Eclair* una carta anunciando que ha obtenido fotografías del sueño... Todo esto es muy difícil de explicar allá en los pueblos de mi tierra, donde San Lamberto se fué para su casa con la cabeza debajo del brazo.

Donde el autor de *Juan José* es excomulgado, no se puede insistir en hablar de tan modernismos sucesos. No, no, no nos metamos en honduras, pues cristianos y todo seríamos objeto de horror: por creer que hay en el hombre bultos cerebrales que anuncian el crimen y rayas de la mano que marcan la duración de la vida. Aun aquí hay todavía gentes que van á consultar al angel Gabriel...; por consiguiente, esperemos á que la humanidad *se entere* de muchas cosas. Todo irá llegando, porque todo llega, y todos los ejércitos permanentes de Europa son impotentes para detener el progreso humano.

París, Agosto 1896.



OSTEOLOGÍA

LOS RESTOS DEL SÉR HUMANO

Al volver á España traigo multitud de apuntes y notas, tomadas en el extranjero sobre usos y costumbres, y la cantidad de datos es tal, que una inmensa caja de madera no basta á contener tanto papelote.

Me interesaron siempre más las costumbres y las personas que los países que recorría. Acaso he aprendido que la humanidad es la misma en todas partes: más pobre ó más rica, más ilustrada ó más ignorante, pero siempre con sus mismos vicios, extravagancias, ambiciones y pequeñeces.

El afán de ganar dinero es cosa frecuente en Europa, menos en Italia, en Rusia y en España, cuyos habitantes somos, naturalmente, perezosos y alegres, devotos y desinteresados, sentimentales y pobres. En los demás países la lucha

por la vida es más dura, y el deseo de hacer negocio mayor. Pero como los yankees, esos medio locos, atacados todos de la manía de enriquecerse, no hay ningunos.

¿Qué dirá el humilde lector de un rincón de provincia, que explota una gran casa de Nueva York, de aquel país en el que nos llaman á nosotros sanguinarios y feroces? Ya le apuesto yo al más listo todo lo que quiera á que no lo acierta.

La casa ó agencia á que me refiero vende y exporta cadáveres y esqueletos á precios convencionales. ¡Y quiere hacer concurrencia á los franceses! Sus beneficios, según el último balance, se calculan en ochenta á cien mil duros por año.

—¿Pero á quién venden esos cadáveres?—me preguntará el curioso lector.

—Pues á los médicos y anatomistas de todos los países.

¡Ay! Aquí vendrían bien reflexiones que de seguro el director de este periódico (1) no me dejaría hacer, porque cuando las hago resulto archisocialista y enemigo de todo el que nace y muere rico; y, sin embargo, no soy otra cosa que un hombre sensible á la eterna condición de los desgraciados... Pero ello es que este tráfico de cadáveres, de calaveras, de costillas y de ró-

(1) Refiérese al *Blanco y Negro.*

tulas no se puede hacer sino adquiriendo, *comprando* los muertos de los hospitales. De donde resulta que, al que es pobre, ni aun después de muerto le dejan tranquilos los huesos.

En París comienzan á alarmarse de la baratura de los precios del muerto sér humano (porque también en París se venden á millares), y se va á llegar al caso de que tal *artículo* figure en los aranceles de Aduanas de todos los países...

Porque hasta ahora no figura, y los muertos, ó por mejor decir, sus esqueletos, pasan mares y puertos y fronteras sin pagar ni un céntimo... ¡Viajan de balde, como los periodistas!

Este asunto llegó á tomar ciertas proporciones hace tres meses en París. Los estudiantes de medicina, los médicos y cirujanos, muchos particulares que estudian por gusto la composición del prójimo, comenzaron á recibir prospectos y anuncios de la casa de Nueva York ofreciéndoles cráneos, tórax, vértebras, toda la máquina humana, en fin, entera ó suelta, en globo ó en piezas.

Me enseñaron los prospectos y se los envié á mi amigo Blavet, que acababa de pasar del *Fígaro* á *La France* y andaba á caza de asuntos nuevos.

Ninguno más tentador que éste para un cronista; y al día siguiente mi amigo me avisó que tenía medio de estudiar de cerca estas costum-

bres científico-fúnebres, y que si quería ir con él á casa de uno de los principales *marchantes de esqueletos,* me esperaría á la hora convenida.

Acudí con gran curiosidad, y fuimos á ver al hombre en cuestión.

En la puerta de su habitación hay un cartel que dice *Osteología,* encima de unos huesos en cruz.

Su almacén es curiosísimo y por todo extremo fantástico.

Una larga fila de esqueletos en los dos lados de la pared. En las mesas y armarios de cristales, centenares de calaveras y de huesos; todo ello tan bien arreglado y presentado como es costumbre en París en todo género de comercios. Creíamos estar soñando.

—¿Hacernos concurrencia los norteamericanos?—nos dijo.—¡Pobres gentes! No, no pueden competir con nosotros *en este ramo de la industria nacional* (¡¡) Ya sé yo que hay baja desde hace algunos meses en todas las piezas anatómicas, pero ¿qué nos importa? La primera materia, el cadáver, no tiene valor ninguno en Francia. Nuestros médicos pueden suministrar al mercado diez veces más productos que toda América. ¡Si hay sobra de esqueletos!

—¡Qué horror!—decía yo. Y el comerciante observó:

—Usted ve todo esto con ojos de poeta, no considera usted más que lo que hay de senti-

mental en el asunto; pero cuando está usted malo ó adquiere usted una de esas enfermedades terribles que le hacen pensar en la muerte, ¿dónde cree usted que estudia el sabio para curarle? ¿Y en qué cadáveres quiere usted que se haga el estudio? ¿Y qué huesos son los que se pueden comprar y vender? No serán los del millonario ni los del magnate ¿verdad? ¡Pues amigo, hay que conformarse!

La realidad de las cosas salía de los labios de aquel hombre con lógica terrible. Y, sin embargo, pensaba yo: ¿de quiénes son estos esqueletos, estas calaveras que parecen mirarnos con los huecos de sus ojos? Son de gentes que nacieron para amar, para ser dichosas tal vez...

—Bueno; y si mañana hay una guerra entre su país de usted y el mío y caemos de un lado y de otro trienta mil hombres y no llegamos á ser enterrados, nos comerán los cuervos ó nos cogerá uno de nuestros agentes, *que los tenemos*, para vendernos y aprovechar nuestros huesos. ¡Qué diablos! exclamó nuestro tratante en huesos. ¡Si el morirse uno en su cama y tener una tumbita va siendo ya una casualidad!

—Y diga usted: estos esqueletos...

—Se adquieren en los hospitales.

Los alumnos de la Escuela de medicina disponen de ellos para hacer sus estudios, y después nosotros aprovechamos los restos.

—¿Y hay siempre abundancia?

—¡Uf! De sobra. Son muertos sin familia; *ejemplares* de personas á quienes no reclama nadie... *¡hongos!* Y no hay idea de los *hongos* que hay en la familia humana.

—¡Vamos á ver, — preguntó mi amigo. — ¿Cuántos... *artículos* de éstos exporta París por año?

—Más fácil sería contar las estrellas del cielo. París provee de piezas anatómicas al mundo entero. Si quiere usted tener una idea muy vaga de nuestra exportación, sin contar con la *pacotilla,* es decir, las piezas sueltas, ó sean las calaveras, fémur, manos, corazones, estómagos, hígados y *así,* le diré á usted, que solamente mi casa envía á los médicos, Universidades, Institutos, Museos y particulares, de cuatrocientos á quinientos esqueletos por año á precios muy razonables.

—¿Y cuánto vale un hombre... en los huesos?

—Según la calidad de los huesos.

—¡Ah!

—¡Es claro! Un hombre joven vale más que un viejo; uno que no ha hecho mala vida vale más que un vicioso; *en los huesos hay mucha trampa.* Un buen esqueleto, bien duro, bien blando, sea de hombre ó de mujer, se vende en ochenta ó cien francos *desarticulado.* Si es articulado como éstos que ve usted aquí de pie, ciento ochenta, doscientos francos. Este año hemos dado con osamentas muy buenas. Vea usted éste (y nos

llevó junto á uno que estaba en un rincón.) Aquí tiene usted un ejemplar magnífico, montado según el sistema Bauchène, que es la última palabra de nuestro arte. Si les conviene á ustedes se les puede dar, con un pedestal de lujo, en setecientos francos.

El vendedor no sabía que hablaba con periodistas, y acabamos por decírselo.

—Lo siento,—exclamó,—porque no quisiera que se pusiera en ridículo una industria que es muy delicada y muy seria...

Se le prometió no ponerle en ridículo, y entonces siguió enseñándonos cosas muy interesantes.

—Vean ustedes la lista de precios de las mejores casas de París.

—¿Luego hay varias?

—Hay muchas; y no se crea que nuestro arte es tan fácil ni tan espantoso. Y la utilidad de de nuestro trabajo sólo puede ocultársele á personas como el señor (lo decía por mí), que se empeña en verlo todo bajo un punto de vista poético y anticientífico. Vea usted la lista,—continuó dirigiéndose á mi compañero, el cual, en honor de la verdad, no observaba todo aquello como yo, sino como buen parisién, bromeando y riendo.

—En las buenas casas de París, que trabajan más en grande que la mía, una cabeza entera, articulada, vale de veinticinco á trienta francos.

Desarticulada, en cajas con divisiones y casillas, cincuenta; y si se desea tenerlas en cajas de terciopelo almohadilladas, ciento. Una colección de orejas puede obtenerse por trescientos francos. Una de manos y pies, ensartados en cuerdas finas, ocho ó diez francos...

—¿Y por qué valen menos mis manos que mis orejas?—exclamé yo muy ofendido?.

—Eso pregúnteselo usted á los médicos. Mire usted vaya usted al salón de enfrente y verá usted, esqueletos y cabezas de cerdos, de monos. de conejos... pues son más caras que las de los hombres. Los huesos *enfermos* se venden muy caros; las fracturas, necrosis, caries se pagan á muy altos precios. Los médicos se las disputan, y suele haber pedidos con un año de anticipación. Los eczemas son muy buscados, y varían de precio según la importancia. Eczema impetiginoso, cincuenta y cinco francos; simple, cuarenta; muscular, cuarenta y cinco. ¿Quiére usted una colección de impétigos, lepras, elefantiasis...? Cincuenta francos, precio redondo. Por último, vendemos reducciones, en imitación de hueso, de los cerebros de hombres célebres, de locos famosos y de asesinos conocidos por ser sus causas públicas, á doce francos pieza.

Declaro que todo aquello me estaba produciendo un vértigo, y que se me figuraba ver á los cincuenta esqueletos del salón ponerse á

bailar un vals ó arrojarse encima de nosotros. Las calaveras me transtornaban con sus miradas negativas, y mis huesos se iban quedando más fríos que los de aquella reunión de ex infelices prójimos míos...

Mi amigo y compañero había acabado su *interview* con el rico industrial, y cogiéndome del brazo, al salir me dijo:

—Ya sé lo que le voy á regalar á mi prima el día de año nuevo. Una colección de orejas para que se haga un collar que va á dar golpe. Por trescientos francos será en el baile de la Ópera la más original de todas.

1897.



LAS RATAS

Un telegrama de Nueva York dice lo siguiente:

«Es cosa decidida presentar al Congreso un proyecto de ley que tienda á ofrecer un premio de consideración, á quien encuentre el medio de destruir las ratas que infestan la Casa Blanca y que hacen desagradable la residencia en ella. Mad. Cleveland ha contado á una dè sus amigas en el seno de la intimidad que el Presidente de los Estados Unidos se pasa muchas noches cazando ratas. El secreto, como se ve, no ha sido bien guardado. Por otra parte, se sabe desde hace mucho tiempo que las ratas están casi completamente apoderadas del Palacio de la Presidencia. Y esto no es nuevo; ya en tiempos del Presidente Arthur, en pleno Consejo de Ministros, venían las ratas descarada-

mente á interrumpir las discusiones, y más de una vez dieron malos ratos á los representantes del poder.»

Este telegrama, que acaso sorprenda en España, no ha podido sorprender á nadie en París, donde á cada dos por tres sabemos ó leemos que un niño, un obrero, una sirvienta han sido comidos por las ratas. Ratas enormes, que más de una vez hemos visto aparecer por el alcantarillado y venir hasta cerca de los concurrentes á los cafés al aire libre, sobre todo por la noche.

El día 10 de Diciembre del mes pasado, publicaron todos los periódicos de París una de esas noticias que yo me apresuro á cortar y guardar para mi colección de curiosidades. Una pobre mujer que había muerto de inanición en un bosquecillo de los Campos Elíseos, fué hallada á la mañana siguiente casi comida por las ratas. Figúrese el lector la cantidad de ellas que debieron atacar al cadáver, y si el lector ha estado en París sabrá que el sitio no puede ser, ni más céntrico, ni más concurrido.

Son, pues, en París las ratas una verdadera plaga, y de no verlo no se creería. Cuando nuestro compatriota el organista Aranda se estableció aquí, tuvo que mudarse de casa porque tenía que librar con estos audaces roedores verdaderas batallas. La cocina de su casa estaba invadida. Mientras la cocinera traía á la mesa

el primer plato del almuerzo, dos ó tres ratas enormes salían de su escondite y le robaban la chuleta ó el beefteack que tenía al fuego. Esto, referido, causa risa; pero cuando hay que pasar por ello, llega á causar espanto. Allá por el año de 1869 vivía yo en París con Gaztambide en un hotel de la rue Bergère. Las ratas nos tenían sin sueño.

Todo el que haya conocido al inolvidable compositor español, sabrá que era un hombre valeroso, y de ello dió muchas pruebas en su vida. Pues bien; mi amigo y yo llegamos á tener tal miedo de las ratas que nos lo confesábamos mutuamente. Las ratas aquellas, grandes como conejos, que subían por el cobertor hasta nuestra almohada, llegaron á producirnos tal impresión de horror, que perdí el sueño por completo y adquirí una enfermedad nerviosa. Desde entonces siempre he procurado vivir en casa nueva y aun en barrios nuevos. Prefiero un ataque nocturno en la calle, que una rata en mi cuarto.

Y estas ratas de París son de una insolencia sin igual, se presentan y miran cara á cara con sus ojillos negros, y parece que vienen desafiando. El ratoncillo parisién huye al menor ruido. ¡La rata viene decidida á todo!

El año pasado una trapera de Clichy fué encontrada en su cama, comida la cara, las manos y los pies. No hace aún quince días que el niño de unos trabajadores de Montsouris se quedó en

la cuna mientras la madre fué á hacer la compra. Cuando la madre volvió, el niño no tenía ya ni nariz ni orejas. Todo París supo hace tres años que un obrero joven, fuerte, robusto, bajó á hacer no sé qué reparación al sótano de una taberna de la calle de Víctor Cousín. A los gritos horrorosos que daba acudieron dos compañeros suyos y le hallaron materialmente cubierto de ratas enorme. No bastaron estos dos compañeros para ahuyentarlas. Catorce vecinos lograron replegarlas un poco hacia el fondo del sótano; pero el infeliz que bajó primero quedó en tal estado que no vivió dos horas.

La ferocidad de la rata es increíble. En las riñas de ratas y perros que se verifican en Inglaterra el espectáculo no puede ser más repugnante, y en él se ve á los perros sucumbir más de una vez. ¡Y los ingleses, que pagan tres y cuatro duros por un asiento para presenciar tal asquerosidad, encuentran schoking nuestras corridas de toros!

París está infestado de ratas y los perjuicios que ocasionan representan cantidades considerables. Así, por ejemplo, en el matadero de la Villette lo que las ratas destruyen representa un gasto anual de veinte á treinta mil francos, y sin el cuidado constante que el Ayuntamiento pone en reparar lo que roen, aseguran los arquitectos que las paredes se vendrían abajo.

Lo que se ha ideado para destruirlas es increí-

ble. Parece que adivinan el veneno. El fósforo, el arsénico, el ácido prúsico, no han dado resultado alguno. Las ratas se acercan á la golosina envenenada, la huelen y se van.

Mr. Alphaud ha ofrecido premios en dinero y no ha obtenido lo que desea; lo único que podría utilizarse es el perro ratonero, y aun se ha hecho ya varias veces con algún resultado. En las catacumbas y alcantarillado de París, se han dado ya varias cacerías con traíllas de estos perros, que realmente hacen un gran destrozo.

El Ayuntamiento paga á los dueños de los perros y á los directores ó *monteros* del París subterráneo, cinco céntimos por cada rata muerta. Otros cazadores de ratas vivas, pagados por los dueños de las tiendas, almacenes, cuevas, doks, etcétera, reciben 10 céntimos por cada una que presentan, con derecho á quedarse con ella; porque hay que tener en cuenta, que con la piel de rata se hacen guantes, manguitos de señora y otras varias cosas. La carne se vende á los que crian puercos, y los huesos sirven para hacer una porción de chucherías.

Pero á pesar de todas estas ventajas, la caza es muy penosa y la destrucción casi imposible. El Presidente de los Estados Unidos tendrá que mudarse de casa ó vivir en constante temor de ser comido, así como suena. No hay enemigo más encarnizado ni más hábil para violar el domicilio.

Y á pesar de eso, la necesidad, el hambre, la guerra, esa guerra que ahora tanto se desea, convierten á veces á las ratas en sabroso manjar. En 1870 se pagaban en París, en los últimos días del sitio, á cuatro francos, y á seis, y á siete... ¡Pero ya todo eso se ha olvidado!

París, Enero 1888.



OCULTISMO

Mi amigo D. Tomás Dorestes, conocidísimo en la buena sociedad madrileña, tenía la otra tarde en el Ateneo un público improvisado que le oía hablar de teosofía, espiritismo... eso que se llama *ocultismo* en Francia, y que pudiéramos llamar *estudio de lo que todavía no se ha averiguado.*

Porque hay, en verdad, un sin fin de cosas de las cuales ni la religión ni la ciencia saben nada.

Antes de que se descubriera el *hipnotismo*, ¿quién no hubiera llamado *milagro* á las experiencias hechas por M. Charcot en la Salpêtrière?

Antes de que se ejercitara el *magnetismo*, ¿quién hubiera podido creer que sin ser Dios se pudiera disponer de la voluntad ajena?

El *ocultismo* comprende una porción de fenó-

menos que hasta ahora se habían llamado presentimientos, corazonadas, simpatías, antipatías, *corrientes,* alucinaciones, casualidad, coincidencia, suerte, fatalidad... ¡Todo eso es *ocultismo*! Lo que aún no se sabe, y se sabrá algún día, porque, pese á quien pese, el mundo marcha y se descubre y se averigua todo. ¿Podía suponerse que podríamos hablar desde Madrid con un pariente de Zaragoza?

¿Se hubiera imaginado nadie que podría haber telégrafo sin hilos?

Los médicos de hace treinta años, qué digo treinta... de hace diez, de hace cinco, ¿sospechaban que la fotografía atravesaría la piel humana?

Se sabrá todo, se averiguará todo... Pero entretanto ignoramos muchísimas cosas que son frecuentísimas en la vida.

Bosteza un hombre que va en el tranvía; y bosteza el que va enfrente, y el que va al lado, y el que está allá en la esquina del coche... ¿Por qué? ¡No se sabe!

Va uno por la calle pensando en Fulano de Tal... y al doblar la esquina, el Fulano de Tal aparece. ¿Razón de esto? Se ignora; pero le ha sucedido á todo el mundo.

Se entra en un salón, una noche de gran *soirée.* Hay en él doscientas mujeres de todas edades, trescientos caballeros... A los diez minutos, ya sabemos quién nos es simpático y

quién no. Aquélla es para tal convidado la más hermosa, la que más le gusta. Nace así el amor. Aquél es repulsivo, no quisiéramos ni conocerle... Esa es la *antipatía*. Pero la razón, la causa de estos misterios de la voluntad, no lo ha explicado nadie todavía. ¡Amor! ¡Simpatía! Pero ¿por qué? ¿Qué quiere decir eso?

Están jugando catorce personas alrededor de una mesa de *baccarrat*. Pierde el que ocupa el número uno, el del número dos, el del tres...; al llegar al número cuatro, el jugador gana, y gana durante una hora, siempre que le toca la mano. La *suerte* está allí, está *por él*. ¿Qué secreto hay en esto? ¿Qué cosa es *la suerte*? ¿Por qué hay personas que todo les sale bien, y las hay con eterna *mala sombra*? ¡Suerte! ¡Desgracia! Palabras sin explicación, cosas ignoradas.

Tal hay que se ha batido veinte veces en duelo y ha hecho cuatro guerras, y tiene miedo á las cucarachas.

Tal que ha visto impasible mil muertos en el campo de batalla, y siente terror al ver á un difunto en una cama imperial con cuatro cirios amarillos á los lados. .

El miedo es sumamente relativo. Zola, que es un carácter y un hombre valeroso, tiene miedo á las tempestades. El año de 69, el maestro Gaztambide (que era muy valiente), y yo, subíamos, en París, á nuestro cuarto del *Hotel de l'Etoile du Nord* de vuelta del teatro, y en la escalera nos

salió al encuentro una enorme rata... El valiente músico navarro no quiso subir y pasamos la noche en una *brasserie* y en la calle...

¿Por qué razón todo el mundo ha soñado alguna vez que se caía de una torre muy alta ó de un tejado? ¿Qué idea de la caída de gran altura es ésta, que está en todos los cerebros á la hora del sueño?

Se llenaría todo un número de este periódico, con las observaciones que podríamos reunir de cosas *ocultas*. El ocultismo no es todavía una ciencia, pero acaso lo sea un día.

Queda mucho por descubrir. *La fe* es la que salva, dicen los que la poseen en alto grado; y los creyentes no admitimos más que una razón suprema á todo: ¡Dios! Y Dios nos va dando á dosis pequeñas administradas al cerebro humano, un sin fin de averiguaciones que son la gloria del hombre.

Ocultismo hoy; ciencia mañana. Dios sobre todo.

1900

LOS CUADROS MAS CAROS

Abierta una exposición de Bellas Artes tiene cierta oportunidad recordar los precios que han alcanzado algunos de los cuadros célebres antiguos y modernos.

Este recuerdo será sin duda desesperante para los proletarios y para los partidos obreros que detestan á los burgueses ricos.

Y en verdad que es desconsolador pensar, por ejemplo, que la Patti gana seis mil duros por noche, ó por mejor decir, en tres horas que emplea en cantar una ópera, mientras hay millones de millones de séres que para ganar dicha cantidad necesitan treinta años de trabajo. No es menos triste pensar que los cuadros y retratos vendidos hace poco menos de un siglo por el gran D. Francisco Goya, á precios que hoy podemos llamar ínfimos, se venden en nuestro

tiempo á cinco mil, seis mil y ocho ó diez mil duros pieza.

En esto de los cuadros se han visto realmente en los últimos veinticinco años cosas verdaderamente estupendas.

Así, por ejemplo, la *Virgen de Ansidei*, de Rafael, que puede admirarse en la *National Gallery*, de Londres, fué adquirida en la venta de cuadros del duque Marlborough, en la enorme suma de *1.750.000 francos*.

Madame Guinness, una inglesa riquísima, compró hace algunos años dos retratos de mujer de Rembrandt en *1.200.000 francos*.

Reciente está el recuerdo de aquel acontecimiento artístico que presenciamos los que vivíamos en París hace ocho años, ó sea la adquisición por el millonario Chauchard, propietario de los grandes almacenes del Louvre, del cuadro de Millet, titulado *El angelus*, que le compró á mister Sutton, un yankee aprovechado, en la respetable suma de *500.000 francos*.

Ya antes el mismo Chauchard había comprado en la colección Van-Praet *La Pastora*, también de Millet, en *1.000.000 de francos*, y el cuadro de Meissonnier titulado *1814*, en *550.000 francos*.

Es decir, que hay un señor que con un bazar en el que se vende todo género de cosas, baratas y caras, ha podido llegar á tener una galería de cuadros que puede competir con muchos

museos y en la cual solamente los tres citados le han costado cerca de tres millones.

El barón Alfonso de Rothschild, que también tiene muchos cuadros pagados á precios increíbles, posee entre ellos dos Rubens, uno de los cuales es la familia del célebre pintor, y esos dos cuadros le costaron *1.250.000 francos*. Su hermano Gustavo compró el retrato de la mujer de Rembrandt hecho por el marido, yel del burgomaestre Day de Alkmar en *750.000 francos*.

Un Velázquez que hay en la Galería Nacional de Londres está tasado en *300.000 francos*; y mister Sutton, el yankee millonario que antes cité, compró el retrato de la Marquesa de Espinola, de Van Dyck, en medio millón de francos.

Los cuadros de Corot han adquirido después de la muerte del artista, precios fabulosos; le ha sucedido lo que á nuestro Goya. Chauchard tiene dos que le han costado *400.000 francos*; y D'Ennery, el famoso dramaturgo, que haciendo melodramas emocionantes llegó á hacer una gran fortuna, poseía un Corot por el cual había pagado *70.000 francos*. Sírvales de ejemplo el caso á mis colegas los dramaturgos españoles.

En el taller de León Bonnat he visto colocado como una reliquia un boceto de Leonardo de Vinci que está encerrado en una urna y por el cual pagó el gran pintor francés, *50.000 francos*.

Los cuadros de Meissonnier son sin duda alguna los que han adquirido los más altos precios

en nuestros tiempos. El pintor murió rico, pero sus cuadros han doblado de precio después de su muerte.

Munckacsy, que ha muerto hace poco loco en su país después de haber hecho en París vida fastuosa, logró en vida, hace diez ú once años, vender su famoso cuadro de *El Cristo ante Pilato* en *500.000 francos*.

De nuestros compatriotas, los que han vendido más caro han sido Fortuny, Domingo y Raimundo Madrazo.

20.000 duros pagó la Reina Regente á Domingo por el retrato del Rey Alfonso XIII, cuando nuestro monarca no tenía aún dos años.

La Vicaría, de Fortuny, se vendió, si mal no recuerdo, en *30.000 duros*.

Raimundo Madrazo suele llevar diez mil duros por los retratos que hace: por ejemplo, los del marqués de Casa Riera, la marquesa de Larios, el doctor Becker y otros. En la actualidad está haciendo en Nueva York retratos de yankees á precios más altos que esos. Hace algunos años, el gobierno español le encargó el retrato de S. M. la Reina Regente, para el Ministerio de Estado. Cuando lo acabó y lo trajo, al Ministro de Estado de entonces no le gustó y lo rechazó.

Lo supo un compatriota nuestro, establecido en París, antiguo diplomático y hombre de gran corazón y amantísimo de las glorias de su país. Fué al taller de Madrazo, y le dió al gran retra-

tista un cheque de 50.000 francos á cambio del retrato de la Reina y lo regaló á la Embajada de España.

La pintura es el arte que más caro se paga en nuestra época, y por eso hay tantos pintores, y por eso hay tantos malos.

Pero, en cambio, en el arte pictórico no hay moneda falsa y lo que se paga muy caro es porque lo vale.

No sucede como en el arte de la escena, en el que hay muchos *colillas* que se improvisan genios y ganan, á fuerza de *bombo*, miles de duros que les dan los tontos.

1900.

LA BUENA VENTURA

Hace pocos días ha muerto en este París, centro de todas las rarezas, una vieja, hechicera moderna, que ha ganado y dejado á sus herederos seiscientos mil francos, después de haber vivido *echando las cartas.*

Esta bruja reputada, á cuya casa iban todos los días centenares de personas, se llamaba Mad. Moreau. En nuestro país hay también mujeres de éstas que anuncian el porvenir con una baraja, y que cuentan, especialmente entre los enamorados, con muchísimos clientes ó parroquianos. En España suelen llamarse la señora María ó la señora Isidra, y viven allá por la calle del Río ó en algún callejón de los alrededores del Rastro. En París viven con lujo, tienen un salón, reciben á los incautos con cierta solemnidad, dan tarjetas numeradas, como en las

consultas de los médicos, y llevan, según la importancia de la revelación, dos, cuatro, seis y hasta veinte ó treinta duros por sesión.

La cartomancia es acaso la adivinación cuyas extravagancias están más generalizadas. En la católica España hay millares de creyentes de estas hechicerías ó sortilegios. En Italia la afición es aún mayor. En la Francia volteriana y atea, los que no creen en Dios creen en el as de oros ó en el rey de copas. Y es que á la humanidad le es indispensable creer en algo sobrenatural, ya se llame religión, buena ventura ó mal agüero.

Se han publicado centenares de libros sobre este *arte* de echar las cartas; pero lo más práctico para ponerse al corriente es preguntárselo á alguna sonámbula ó *cartomancière* de las más en boga, como la famosa *Prudencia,* que yo consulto siempre en las ferias de Neuilly ó de Saint Cloud, y que me anuncia siempre cosas estupendas. El año pasado me dijo: Va usted á recibir una carta que viene de muy lejos, con una buena noticia.» Efectivamente, á los dos días recibí una carta de la Habana anunciándome la muerte de un hombre á quien le debía una suma de esas que solemos llamar repetable. Pero á *Prudencia* se le olvidó decirme que me la reclamaban los herederos.

Para entretenimiento de los aficionados á este género de estudios sociales, vamos á recordar el valor de las cartas de la baraja.

Entiéndase que me refiero á la baraja francesa, porque con brujas españolas no tengo relación desde que vivo en el extranjero.

El rey de *cœur* es un hombre que nos ha de hacer algún favor ó servicio. Cuando cae sobre el tapete boca abajo significa que se volverá atrás de las buenas intenciones que tenía.

La *dame de cœur* es una mujer honrada, caritativa, siempre que en el juego de cartas se presente de pie; cuando cae cabeza abajo está en el mismo caso que el hombre.

El *valet de cœur* es un militar que quiere entrar en nuestra familia.

El as de *cœur* significa buena noticia. Si está rodeado de figuras, es banquete ó festín.

El diez (en la baraja francesa hay *dieces,* carta que no existe en la nuestra) significa sorpresa.

El nueve, reconciliación.

El ocho representa satisfacción y alegría de los niños, nunca de las personas mayores.

El siete un buen matrimonio, ó lo que en España llamamos un buen partido.

Pasemos al palo de *carreau.*

No es, como el de *cœur,* un color favorable. Todo en este palo es desagradable y de cuidado. El rey representa un individuo que nos busca perjuicios. La *dame* una mala mujer ó una mujer mala que nos calumnia y desacredita. El *valet* es, unas veces, militar que nos dará disgustos; otras, un mensajero de malas nuevas. El *as*

es una carta. El *diez* matrimonio inesperado. El nueve retraso en dinero que debía llegar. El ocho anuncio de fracaso en lo que vamos á emprender. Unicamente el siete es anuncio de ganar al juego ó á la lotería.

En el palo de *pique* hay graves revelaciones. El rey es el comisario de policía, ó un juez, ó una autoridad cualquiera. Boca abajo es un pleito perdido.

La *dame,* una viuda que trata de engañarnos.

El *valet,* un amigo desleal.

El *as,* presagio de grandes tristezas.

El *diez,* envenenamiento.

El nueve, dificultades y obstáculos en los negocios.

El ocho, mala noticia.

El siete, querellas, disputas, enojos, tormentas.

El palo de *tréfle* es más consolador. El rey es un hombre justo; la dama una mujer que nos quiere y está celosa. El *valet,* anuncio de boda; el *as,* ganancias y beneficios; el *diez,* éxito en los negocios; el nueve, éxito en los amores; el ocho, grandes esperanzas, y el siete, debilidad en materias de amor.

Pues ahora vienen las series y combinaciones.

Cuatro reyes seguidos, anuncian horrores; tres, grandes negocios; dos, buenos consejos.

Cuatro damas seguidas, chismografía; tres, engaños de mujeres; dos, amistad.

Cuatro *valets,* enfermedad contagiosa; tres, pereza; dos, disputas.

Cuatro ases son presagio de muerte; tres, libertinaje; dos, enemistad.

Cuatro dieces, acontecimientos desagradables; tres, cambio de estado; dos, pérdidas.

Cuatro nueves, buenas acciones, y tres, imprudencia; dos, dinero.

Cuatro ochos, decadencia, reveses; tres, matrimonio; dos, desagrado.

En fin, cuatro sietes significan intrigas; tres, diversiones y fiestas; dos, galanteos.

Pero, según la bruja moderna que me ha explicado todo esto, no basta (y tiene razón) conocer el valor de la carta, sino que hay que hacer en seguida su composición de lugar y saber apreciar el conjunto para decir la buena ventura; y en esto consiste el arte de la adivinación.

Cualquiera sabe que el rey de *cœur* es, además de lo que llevo dicho, un hombre rubio, y el de *trèfle* un hombre moreno, y la dama de *cœur* una rubia, y una morena la dama de *trèfle.* Todas las *cocottes* y *medio mundanas* (con permiso de la lengua patria) saben que las cartas se echan extendiendo primero siete, y luego quince, y luego tres. Pero en deducir de la unión de unas con otras lo que va á pasar infaliblemente, consiste el secreto de las que, como la tal Mad. Moreau, llegan á hacer seiscientos mil francos, que en

moneda española son dos millones cuatrocientos mil reales mal contados.

Las hubo en todos los tiempos y las hay en todos los países. Una de las más célebres fué aquella Mlle. de Lenonuand, que murió viejísima en París en 1843. Según aseguraba, mucha gente lo creía y lo cree aún, había anunciado la revolución años antes de que estallara. Su intimidad con la Emperatriz Josefina, primera mujer de Napoleón I, que tenía en ella una fe ciega, la permitía estar al corriente de muchos sucesos políticos antes de que llegaran al público, y los anunciaba con anticipación. El crédito de sus augurios era naturalmente extraordinario. La prisión del general Moreau, que la Emperatriz sabía y le contó dos días antes, fué uno de sus grandes triunfos así que resultó cierta.

La superstición tiene á veces más fuerza que todas las religiones. En algunos casos estas adivinaciones producen dramas que al autor más experto no se le ocurrirían. Hace poco que se ha visto en Córcega una causa criminal en la que una *tireuse de cartes* ha representado un papel extraordinario.

María Casasoprana había hecho asesinar á su amante, de quien estaba celosa. Esta mujer estuvo días antes en casa de la Profetti, una mujer que vive de echar las cartas, y le habló así:

Tengo el proyecto de matar á un hombre. ¿Lo realizaré?

La Profetti echó las cartas sobre la mesa y respondió:

—Sí, el hombre será asesinado.

A la semana siguiente, cuando oyó que María Casasoprana estaba presa, acusada de asesinato, la hechicera corrió á denunciarla al juez de instrucción. La vanidad de haber acertado y el afán de anunciarse así gratis la llevó allí. El hecho se ha verificado hace dos meses.

Pero lo más frecuente en estas casas, donde las sonámbulas, adivinas y artistas reciben y hacen su negocio, es la afluencia de tipos cómicos y de mujeres celosas, que constituyen la mayoría de tan extravagante clientela.

En París, generalmente, son las clases más ilustradas las que sostienen este comercio de la buena ventura, más productivo que todos los demás, porque está basado en lo desconocido y tiene apariencias de sobrenatural.

La Duquesa de*** después de haber hecho una novena á un santo de su devoción para que su marido volviera á ser para ella modelo de esposos, y viendo que no le daba resultado, cuentan que acudió á una célebre bruja y que ésta le dió un frasquito lleno de cierto líquido desconocido.

—Con esto—le dijo—le tendrá usted siempre á su lado...

Y no la engañó. Porque así que el pobre hombre, tomó, sin saberlo, algunas gotas que su se-

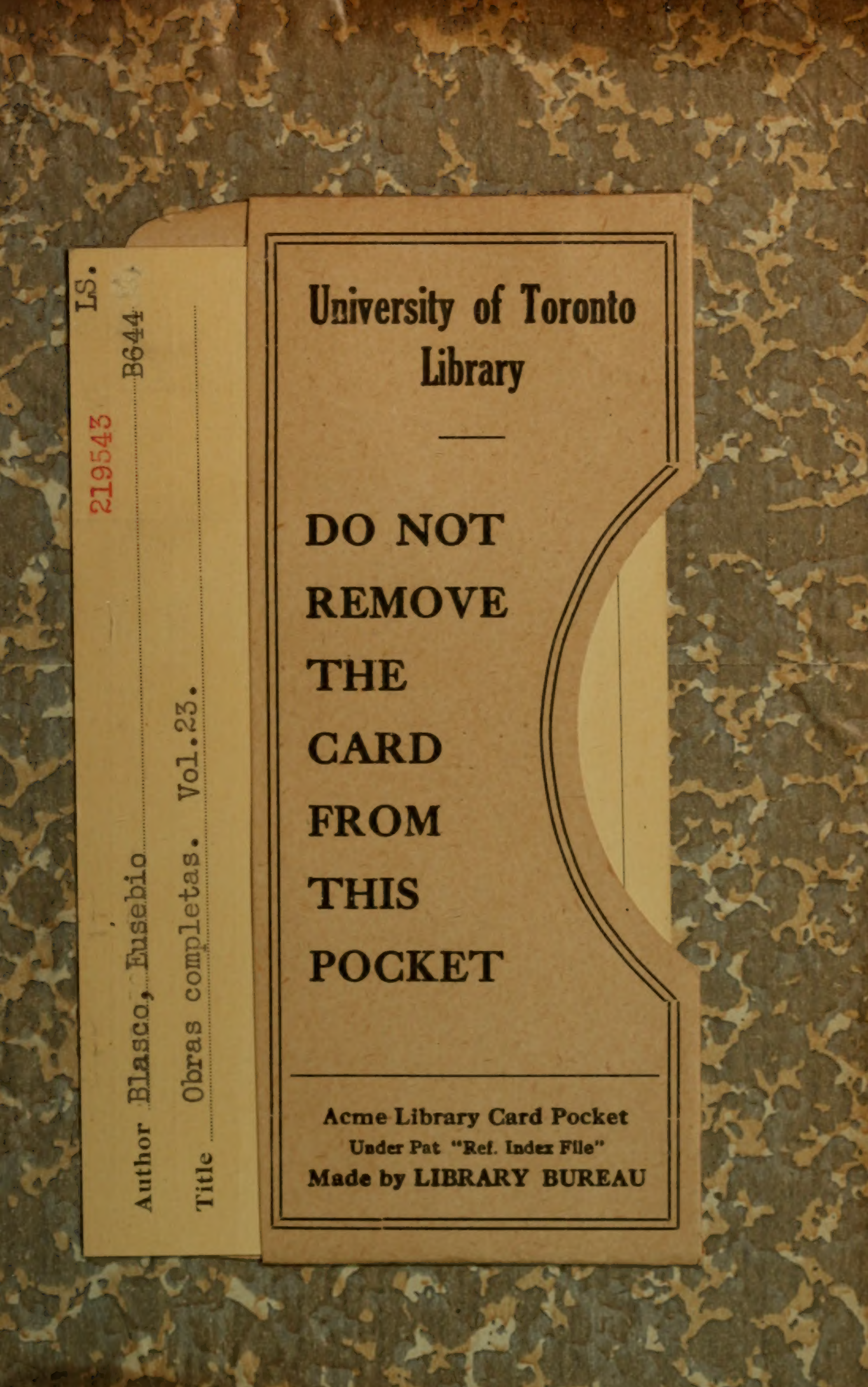
ñora le echó en el vino, contrajo una enfermedad del estómago que le tiene hace dos años en la cama.

FIN DEL TOMO XXIII



Indice.




LS.
219543 B644
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol.23.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

